

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Selección



CLARK CARRADOS

HORROR INFINITO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

380 — Los juegos de Abigail, *Ralph Barby*.
381 — Aunque la muerte se vista de seda..., *Adam Surray*.
382 — Noches negras, *Clark Carrados*.
383 — Tengo miedo, ayúdame, *Ralph Barby*.
384 — El pozo de las maldiciones, *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

HORROR INFINITO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 385
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 15.852 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Se la encontró de la forma más inesperada y cuando ni siquiera pensaba en ella. Hacía años ya que no la veía y hasta había llegado a olvidarse por completo de su existencia. Por dicha razón, al encontrarla en aquella elegante sala de té, apenas si pudo reconocerla.

En realidad, fue ella la que le detuvo.

—Eres Marty Britton —dijo.

Britton la contempló durante un segundo.

—Su cara me es conocida... Ah, ya, tú eres la hija de Pamela Slagherty. Te pareces tanto a tu madre, que podrías pasar por su hermana gemela.

Ella se echó a reír.

—Estás equivocado, Marty, aunque me halaga oírte hablar así. Además, siempre fuiste un poco despistado. Pamela Slagherty nunca tuvo una hija. «Yo» soy esa persona a la que acabas de nombrar.

—No —dijo Britton.

Pamela insistió con varios movimientos de cabeza.

—Sí, soy yo —confirmó. Se agarró del brazo de Britton y lo empujó suave pero persuasivamente hacia la puerta—. ¿Tienes que hacer algo? No, me imagino. Entonces, ¿por qué no vienes a mi casa y tomamos una copa juntos? Sin duda te agradará saber por qué tengo este aspecto juvenil.

Britton se sentía desconcertado. La última vez que había visto a Pamela, diez años mayor que él, andaba más cerca de los cuarenta que de los treinta; y, no sólo por la edad, sino también por determinadas circunstancias familiares, ofrecía un aspecto deprimente. Prematuramente envejecida, tenía la cara llena de arrugas, que ni siquiera el más hábil maquillaje conseguía disimular, había perdido la esbeltez de su silueta, sus carnes carecían de consistencia y hasta se veían ya las primeras hebras blancas en una cabellera castaña que había sido la admiración de cuantos habían conocido a la dama.

Y ahora, transformada como por arte de magia, era la antítesis viva de cuanto Britton guardaba en su memoria. Pamela aparecía erguida, firme, con la piel tan tersa como a sus veinte años y sin necesidad de cremas y otros potingues; sus ojos tenían un brillo y una vivacidad singulares, la silueta era realmente atractiva y el cabello volvía a parecer hecho de hebras de oro viejo.

—Pamela, diríase que has encontrado la fuente de la juventud —dijo el joven, al fin, tras unos segundos de atento examen de su bella interlocutora.

Ella rió suavemente.

—Algo por el estilo —respondió—, Pero en mi casa podré contarte mejor cómo ha cambiado mi suerte.

—Te escucharé con gran placer —aseguró él.

Pamela residía en una encantadora casa, de dos plantas, rodeada por un pequeño jardín, en un barrio cuyas viviendas tenían todas características análogas. Al llegar, Pamela indicó al joven un pequeño pero bien provisto bar

y anunció que iba un momento a cambiarse de ropa.

Britton se sentía desconcertado. ¿Cómo había podido cambiar tanto Pamela y, además, para mejorar? Lo lógico era, pensó, que estuviera mucho más vieja. «De haber seguido aquel ritmo, ahora no se la podría mirar a la cara», se dijo.

Ella regresó a los pocos minutos, con el pelo suelto, envuelta en un peinador de color amarillo pálido, con gran cantidad de tejidos. Britton se acercó y pasó una mano por su mejilla.

—Es increíble —dijo—. Parece como si tuvieras veinte años...

Pamela volvió a reír.

—Me siento infinitamente dichosa —contestó—. Han desaparecido todas mis preocupaciones; mis asuntos marchan mejor que nunca... y mi salud es espléndida. Puesto que nos conocemos de antiguo, no tendría sentido ocultarte la verdad.

Tengo cuarenta y un años, pero me siento como si tuviese veinte menos. Ahora bien, no basta sólo «sentirse», sino también «ser». ¿Tú me entiendes, Marty?

—Un poco, Pamela.

—Te lo explicaré mejor. Hace una semana, me hice un reconocimiento general. El doctor Cobham, jefe del equipo médico, me hizo repetir todas las pruebas y análisis. Temía una equivocación.

—¿Cómo?

—Sí. Pensaba que le habían dado los resultados cambiados y que los que había estudiado pertenecían a una chica de veinte años. Pero tuvo que convencerse de la verdad: aquellas pruebas y análisis eran míos.

Britton se sentía estupefacto.

—Es decir, ahora tienes, fisiológicamente hablando...

—Entre veinte y veinticinco años. ¿No es maravilloso, Marty?

El joven se sentía desconcertado.

—No entiendo...

Pamela le agarró por un brazo y tiró de él hacia el diván más próximo.

—Está bien claro. El calendario no se puede alterar. Pero sí ¡as condiciones físicas. Y, naturalmente, cuando se tiene el cuerpo en buenas condiciones, la mente se rejuvenece también y permite ver todo con alegría y optimismo.

Se sentaron en el diván. A través de los velos casi transparentes, Britton podía entrever algunas de las formas de aquel cuerpo tan esbelto, tan seductor como el de una muchacha de veinte años. Ella se dio cuenta del lugar adonde se dirigían las miradas de su invitado y sacó el pecho orgullosamente.

—Nada de cirugía estética, Marty —exclamó—. Todo natural, legítimamente mío, sin intervención del bisturí. Toca, toca...

Britton vaciló. Ella rió fuertemente.

—Vamos, no seas tímido... —Y cuando la mano del joven se hubo posado en su seno izquierdo, añadió—: A ver, dime, ¿cuándo has tocado nada tan

firme?, ¿eh?

—Estoy... Te juro que no entiendo nada... ¿Te has bañado en la Fuente de la Eterna Juventud?

—Oh, no... Ha sido, simplemente, un tratamiento rejuvenecedor a base de células vivas... Francamente, cuando me lo propusieron, yo no creía en absoluto en sus resultados. Pero es lo que pasa. «Por probar que no quede», me dije, sobre todo, cuando me aseguraron que sería completamente innocuo. Estuve un par de semanas y luego me dieron unos medicamentos para tomar en casa... A la tercera semana de iniciar el tratamiento, empecé a notar los efectos. Y en dos meses, mírame cómo estoy, Marty.

Britton asintió, comprendiendo la exultante alegría de la dama.

—Sin embargo, hay algo que me preocupa —objetó—. ¿No padecerás una especie de recesión, cuando termines el tratamiento?

—¡Pero si ya lo he terminado, Marty! —Exclamó Pamela—. Ya no tengo que seguir ningún régimen ni tomar medicamentos... Es como cuando sales de una grave enfermedad y acabas la convalecencia. Todo empieza de nuevo, ¿verdad?

—En las enfermedades suele haber recaídas.

—No en mi caso. El que me aplicó el tratamiento garantizó su éxito absoluto. ¡Hace un año ya que terminé, Marty!

—Antes dijiste dos meses...

—Dos meses fue lo que duró el tratamiento y lo que me hizo volver a la juventud. Pero terminé hace un año. Y no he vuelto a tomar ningún potingue, ninguna medicina... ¡Nada, nada en absoluto, Marty!

El joven se sentía pasmado. ¿Se había encontrado Pamela con algún mago, capaz de conseguir milagros?

—¿Quién fue el que te aplicó el tratamiento? —preguntó.

—Oh, luego te lo diré. Ahora...

Pamela le echó el brazo al cuello y le miró ardorosamente,

—Tengo cuarenta y un años, pero mi cuerpo es el de una mujer de la mitad de esa edad —dijo—. Al volver para atrás mi calendario físico, me han suprimido muchos achaques, pero no he perdido la experiencia.

Britton percibió el aliento perfumado de la mujer y notó el cálido contacto de los senos, juveniles ahora, redondos, firmes... La cintura esbelta, las piernas largas, perfectamente torneadas... Al besarle, Pamela le demostró que no había perdido un ápice de su experiencia amorosa y se dejó llevar por aquella oleada de fuego, que lo envolvió en llamas abrasadoras de pasión sin límites. Estrechamente abrazados, besándose con furia, acariciándose incesantemente, subieron al primer piso.

* * *

Despertó muy avanzada la noche, percibiendo una extraña sensación de frío que no podía achacarse precisamente al ambiente de la habitación. Al

tantear con la mano derecha, se dio cuenta de que Pamela no estaba en la cama.

Fuera del dormitorio oyó algo que le pareció una tos. Sentándose en la cama, encendió la luz.

—Pamela —llamó suavemente.

Ella no le contestó. La tos se repitió, pero se apagó casi en el acto.

Britton saltó del lecho y, descalzo, cruzó la estancia. Abrió la puerta y vio algo que le dejó petrificado por el horror.

Parecía un montón de pasta grisácea, con algunos hilos rojos en su superficie, que lo surcaban como las venas en unos ojos congestionados. Aquella cosa se movía y palpitaba con ligeros pero rápidos estremecimientos, que recorrían su superficie, partiendo del centro hacia los bordes, a la manera de las ondulaciones provocadas en el agua por la caída de una piedra.

Britton sintió náuseas. ¿De dónde había salido aquella cosa? ¿Qué era?

Dominando sus aprensiones, avanzó unos pasos. Entonces, aún más horrorizado, comprobó que los hilos rojos que parecían venas eran, efectivamente, venas por las que circulaba la sangre. Los movimientos de dilatación y contracción de aquellos vasos sanguíneos eran claramente perceptibles.

Britton vio algo más. Mareado, tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta para no caer al suelo.

Casi en la cúspide de aquella cosa, que parecía un montón de arena grisácea, divisó dos ojos enteramente humanos, que le miraban con expresión de súplica. Incluso creyó ver dos labios que se abrían y cerraban para proferir una demanda de ayuda, en completo silencio, sin emitir ningún sonido. ¡Y los labios y los ojos, lo adivinó en aquel momento, aunque no comprendía lo sucedido, eran los de Pamela Slagherty!

De pronto, los ojos desaparecieron, se sumieron en la masa. Hasta las venas dejaron de verse.

La cosa arrancó hacia la escalera, deslizándose como si fuese una masa de pasta semilíquida. Pero se deslizaba con movimientos reptantes, amoldándose a los entrantes y salientes de los peldaños, una especie de gruesa manta que parecía haber adquirido vida propia repentinamente.

Venciendo el horror que sentía, sin cuidarse de su desnudez, Britton siguió a la cosa hasta el vestíbulo. Entonces vio que aquel horrendo ser se adelgazaba hasta límites increíbles, pasaba por debajo de la puerta y salía al exterior.

Britton corrió y abrió la puerta. El ser, lo que fuese, había desaparecido en la noche.

Profundamente conturbado, volvió al dormitorio, en donde se vistió con toda rapidez. Los ropajes de, Pamela, apreció, estaban esparcidos por el suelo. ¿Adónde había ido ella?

¿Se había transformado en aquel horripilante monstruo?

Al terminar de vestirse, bajó a la planta nuevamente, irresoluto acerca de lo

que debía hacer. Abrió la puerta y entonces vio que en la casa inmediata se encendían las luces.

—Ellos también la han visto —dedujo.

Repentinamente, se oyó un atroz alarido.

Britton sintió que la frente se le cubría de sudor frío. El instinto le hizo saber que el dueño de la casa había visto la cosa.

El grito se repitió. Luego sonó un disparo. Y otro y otro...

Un espantoso chillido, de tonos realmente espeluznantes, llegó a oídos del joven. Britton, a punto de perder el conocimiento, dio un paso atrás.

El grito alcanzó tonos de estridencia sin límites, un chillido agudísimo que no tenía parecido alguno con nada de lo que el joven había escuchado con anterioridad. Luego, bruscamente, cesó.

El silencio volvió de forma instantánea. Pero se rompió a los pocos segundos, cuando en las casas vecinas empezaron a encenderse las luces y sus ocupantes, asustados, se asomaron a las ventanas para tratar de averiguar lo que había ocurrido.

CAPITULO II

Sentado en una mesa, en el rincón más discreto del «pub», Marty Britton leía en uno de los diarios de la tarde el relato de lo ocurrido aquella madrugada. El periodista hacía una vivida descripción de lo que había visto, añadiendo datos de su propia cosecha y, por supuesto, incluyendo en el reportaje las declaraciones de los vecinos.

Un hombre se acercó de pronto a la mesa.

—Hola, Marty —saludó Anthony Carpenter, inspector de Scotland Yard.

—Hola, Tony —dijo Britton—. Siéntate, ¿quieres? Pediré una jarra de cerveza, si no te importa.

—Está bien.

La camarera vino, tomó el pedido y regresó a poco con la cerveza. Mientras, Carpenter se dedicaba a encender su pipa.

—¿Estás en apuros, Marty? —preguntó el policía, después de expulsar las primeras bocanadas de humo.

—Sí y no —respondió el joven—. Por supuesto, no tendrás motivos de alarma por mi causa. Pero me gustaría contarte algo y luego oír tus consejos.

—Está bien, adelante —invitó Carpenter.

Britton puso ante su amigo el periódico desplegado.

—¿Has leído la noticia?

—Sí. Es algo extraño y horrible al mismo tiempo. Nadie sabe con exactitud lo ocurrido. Nadie se explica cómo habiéndose acostado con toda normalidad, apareció luego, a las cuatro de la madrugada, convertido en un esqueleto mondo y lirondo, sin el menor rastro de sustancia orgánica blanda. ¿Lo conocías tú, Marty?

Britton hizo un gesto negativo.

—No, nunca había oído hablar de Fred Rogent —contestó—. Pero yo estaba en la casa vecina cuando se produjo el hecho.

Carpenter miró con gran interés a su amigo.

—No estoy encargado del caso, pero puedo escucharte —dijo.

—Gracias. Tony, verás... No sé cómo empezar... Es algo que parece increíble...

—¿Viste algo extraño? El forense opina que la materia blanda del organismo de Rogent fue disuelta por la acción de un poderosísimo pero desconocido ácido, que no atacó, sin embargo, a los huesos. Parece como si alguien hubiese rociado a la víctima con ese líquido... Pero si fue así, tuvo que llevar una gran cantidad, algún aparato pulverizador...

Britton movió la cabeza.

—No creo que fuese nada de lo que has dicho —contestó—. Escúchame; te lo contaré detalladamente. Luego podrás hacer de esta información el uso que mejor te parezca. La verdad, anoche... es decir, a la madrugada, cuando llegó la policía al lugar de los hechos, no me atreví a decirles nada, para que

no me tomasen por loco. Simplemente, me limité a decir que no había visto nada y que sólo había oído unos gritos y unos disparos. ¿Vas entendiendo?

Carpenter sujetó la pipa con los dientes.

—Sigue —invitó.

Entonces, Britton contó a su amigo todo lo que le había sucedido desde el momento en que se encontró con Pamela Slagherty.

—Te aseguro que estaba desconocida —dijo—, al finalizar su relato—. Realmente, parecía una chica de veinte años. Pero luego, cuando me desperté a la madrugada...

Carpenter, escéptico, pero cortés, dijo:

—¿Estás seguro de que aquella cosa era Pamela?

—No lo sé, no me atrevería a jurarlo. Pero presiento, en lo más íntimo de mi ser, que Pamela se transformó en aquella horrible cosa... Vi sus ojos y sus labios, la último que quedaba de ella, fundirse con la masa, desaparecer en el informe montón de sustancia orgánica, que se deslizaba como una cascada de pasta semilíquida por la escalera... ¡Y creo que «eso» fue lo que devoró a Fred Rogent!

El inspector sonrió, a la vez que movía la cabeza.

—Descuida, Marty —dijo—. Haré lo que pueda. Ya me comunicaré con mi colega, el inspector Wilkins, que es el encargado del caso. Te llamaré en cuanto me sea posible, ¿entendido?

—Gracias, Tony.

Carpenter apuró la cerveza y se puso en pie.

—Procura olvidar lo que viste, Marty —recomendó.

—Lo dudo mucho, Tony —respondió el joven.

No, por más años que viviese, jamás podría olvidar aquella horrible visión. Pero lo peor de todo era que estaba íntima y absolutamente convencido de que Pamela, la hermosa y alegre y recobrada Pamela Slagherty se había convertido en aquella espantosa masa de materia, viva, pero sin forma.

¿Inteligente también?

Era un enigma cuya solución escapaba por el momento a sus limitados conocimientos sobre la materia.

* * *

Una semana más tarde, cuando se hallaba en su apartamento, enfrascado en el estudio de un caso un tanto complicado, oyó que sonaba el timbre de la puerta. Abandonando el legajo que tenía entre manos, se puso en pie, salió del despacho, cruzó la sala y abrió.

Una muchacha alta, esbelta, de brillante cabellera dorada, apareció ante sus ojos.

—¿Señor Britton?

—Sí, yo mismo. ¿En qué puedo servirla, señora?

—Señorita Thara Courtenay —puntualizó ella—, ¿Puedo pasar?

Britton se echó a un lado.

—No suelo atender a estas horas las visitas —dijo.

—Oh, es que yo no he venido como cliente. Aunque, tal vez, algún día...

Elk le miró penetrantemente. Britton observó el color de humo de sus pupilas, singularmente atractivo. No era una belleza en el estricto sentido de la palabra, aunque sí poseía un encanto natural como pocas veces había tenido ocasión de apreciar.

—Será mejor que se siente —indicó él—. ¿Le apetece algo de beber, señorita Courtenay?

—Algo suave, por favor.

—Oporto.

—Sí, está bien.

—Puede hablar —dijo Britton, mientras destapaba la botella.

—He leído los periódicos. Me refiero al caso Rogent.

—Oh... ¿Sabe algo sobre el particular?

—Es posible.

Thara aceptó la copa. Tomó un sorbo y 1a dejó a un lado.

—Usted estaba con la señora Slagherty aquella noche —dijo.

—Es cierto.

—Y ha desaparecido.

—Sí.

—No se ha vuelto a saber nada de ella.

—En absoluto.

Britton miró recelosamente a la muchacha.

—¿Acaso sabe algo de su paradero?

—No, aunque tal vez pueda facilitarle información sobre el caso.

—Si es así, ¿por qué no acude a la policía?

—Ya lo he hecho.

—¿Y...?

—Todavía me admiro de verme a mí misma con ropas normales. Hubo un momento en que pensé iban a ponerme una camisa de fuerza —dijo Thara con gran sentido del humor.

Britton levantó las cejas.

—A mí no me parece loca —respondió.

—Gracias. Además, no lo estoy. Señor Britton, ¿de veras vio usted aquella horrible cosa? Según declaró días después, parecía una medusa gigantesca, aunque más consistente y sin sus filamentos característicos.

—Más bien fue una descripción, pero no la realidad. Aquello no se parecía a nada de lo que yo he visto en mi vida.

—Algo horrible supongo.

—No hay palabras para describirlo. Pero ¿qué le interesa a usted...?

—Por favor, tenga un poco de paciencia. Aquella cosa estaba viva. ¿No es así?

—Mis conocimientos sobre biología se pueden almacenar en un dedal, sin

que la costurera lo note al ponérselo —sonrió Britton—, Pero sí, estaba viva. Al menos, se movía.

—¿Qué tamaño tenía? Diga medidas aproximadas, por favor.

—Hombre, no tenía a mano una cinta métrica... Yo diría que medía entre metro y medio y dos metros de diámetro por cincuenta o sesenta centímetros de grueso en su parte central. Los contornos eran aproximadamente circulares, aunque con entrantes y salientes no demasiado pronunciados.

—¿Olía?

Britton hizo un gesto negativo.

—No, que yo recuerde —contestó.

—¿Despidió seudópodos?

—¿Cómo?

—Seudópodos es una palabra que significa «falso pie». Algunas bacterias despiden filamentos, llamados seudópodos. Para entendernos mejor, diremos tentáculos, semejantes a los de un pulpo, aunque tienen un origen absolutamente distinto.

—No, no despidió seudópodos. En cierto modo, su forma permanecía inalterable, menos cuando empezó a moverse.

—Reptaba, supongo.

—Sí, aunque yo diría más bien que se deslizaba. Imagínese un montón de argamasa semilíquida, dotada de movimiento propio. Al deslizarse por la escalera, se adaptaba a los peldaños. Además, corría a gran velocidad, casi tanto como un especialista en los cien metros lisos.

—Siga, por favor —pidió Thara, muy interesada en las respuestas del joven.

—Bueno, ya no hay mucho más que decir... Ah, sí, al llegar a la puerta, adelgazó hasta convertirse en una lámina tan fina como una hoja de papel, y se deslizó por debajo. Ya no la vi más.

Thara hizo unos gestos de aquiescencia.

—Ya no cabe la menor duda —murmuró—. Es cosa suya.

—¿De quién? —preguntó el joven cortésmente.

—Usted no lo conoce, señor Britton.

—Pero sí conocía a Pamela Slagherty y. aunque parezca demasiado fantástico, presiento que ella se convirtió en aquel horrible ser.

—Es cierto —corroboró Thara tranquilamente.

Britton se quedó helado. Aquella hermosa joven corroboraba sus presentimientos. ¿Con qué base?, se preguntó.

—Por favor, explíquese.

—Ya le dije antes que el inspector Wilkins no quiso creerme. Usted, me imagino, estará mejor dispuesto.

—Después de lo que vi, la explicación más disparatada me parecerá perfectamente congruente.

—Hay cosas, sin embargo, que ni yo misma acabo de comprender del todo —declaró la joven—. Pero creo que ha llegado el momento de penetrar hasta

el fondo del asunto. Y evitar que el doctor Stillis pueda seguir cometiendo más crímenes. Porque la muerte de Fred Rogent fue un crimen, señor Britton —afirmó Thara con gran seriedad.

—¿Asesinato?

—Exactamente. Y lo hizo Pamela Slagherty, transformada en aquella cosa tan monstruosa que usted tuvo la suerte de contemplar.

—No fue ninguna suerte. A veces, aún siento náuseas... Oiga, ¿cómo pudo Pamela matar a Rogent? —se sorprendió el joven.

—Simplemente, lo ingirió. Del mismo modo que usted ingiere un trozo de carne y lo transforma en elementos que vienen a formar parte de su propio organismo.

Britton abrió y cerró la boca unas cuantas veces. Luego dijo:

—Espere, por favor.

Fue a la consola y se sirvió una copa de coñac, que despachó de un trago. Sin aliento, hizo una seña con la mano.

—Siga —invitó ahogadamente.

Thara sonrió.

—Todavía se siente mal, ¿verdad?

—Imagínese... Oiga, ¿quién es usted? ¿Por qué me hace tantas preguntas? —exclamó Britton, sumamente intrigado.

El teléfono sonó de pronto, impidiendo la respuesta de la muchacha. Britton levantó el aparato.

—¿Sí?

—Soy Tony —dijo el otro—. Tengo noticias para ti, Marty.

—Ah, muy bien —contestó el joven—. Habla, te escucho.

—He conversado largamente con mi colega. Todavía no se sabe qué misteriosa sustancia causó la total disolución de los tejidos blandos del cuerpo de Rogent.

—Tony, sobre cosas científicas yo soy un ignorante...

—Lo mismo que yo —respondió Carpenter—, Pero no era de eso de lo que quería hablarte. Wilkins quiere dar por desaparecida a Pamela Slagherty.

—¡Pero eso no puede ser!

—¿Tienes alguna prueba en contra? Ella no está en su casa...

—Todas las ropas, todos los objetos personales, siguen en su sitio. Se marchó, simplemente.

—¿Puedes afirmarlo? ¿La viste abandonar la casa? Una mujer tan elegante como ella, tenía un abundantísimo guardarropa. Nadie puede afirmar o negar que se llevase puesto algún vestido. Lo que sí es absolutamente seguro es que ha desaparecido y que tú fuiste el último que la vio, Marty.

Britton se espantó.

—¡Por Dios, Tony, no irán ahora a acusarme de su asesinato!

—Oh, claro que no, hombre. Se trata solamente de una desaparición. Sabemos que Pamela había estado sometida a un tratamiento médico. Es posible que sufriese una especie de ataque de locura y decidiese marcharse de

su casa. Tal vez anda por ahí, errante, amnésica... En fin, la estamos buscando, es todo lo que te puedo decir.

—No la encontraréis jamás, Tony —vaticinó el joven con lúgubre acento.

—¿Quién sabe? Adiós, Marty, eso es todo.

—Adiós y gracias por todo.

Britton colgó el teléfono. Luego empezó a volverse hacia su visitante.

—Estábamos en que iba a decirme que...

De pronto, estupefacto, se interrumpió.

¡Thara había desaparecido!

CAPITULO III

Tres días más tarde, Britton detuvo su coche en una casa situada en las afueras. Un enorme perro lobo ladró sonoramente. Britton se apeó y caminó hacia la puertecita de la valla blanqueada que enmarcaba el pequeño jardín.

El perro se le acercó, sin dejar de ladrar. A los pocos momentos, se abrió la puerta de la casa y una mujer apareció en el umbral.

—¡Quieto, cállate, «Dick»!

El can obedeció de inmediato. Britton fijó la vista en la mujer.

—¿No me morderá si entro? —consultó, aprensivo.

Thara se echó a reír.

—«Dick», el señor Britton es amigo —dijo.

La actitud del perro varió de inmediato. Britton levantó la aldabilla, empujó la puerta, hizo unas cuantas caricias al animal y caminó hacia la casa.

Thara le tendió la mano con gesto espontáneo.

—Bien venido a mi humilde morada —saludó jovialmente—. ¿Cómo la ha encontrado?

—«Sherlockholmeando» un poco. Es decir, investigando...

—Le he entendido perfectamente —rió Thara—. Entre, por favor; le prepararé una taza de té.

—Gracias.

Thara vestía en aquellos momentos una blusa de manga corta y pantalones. Era una muchacha sana, fuerte, pero esbelta al mismo tiempo, y rebosante de vitalidad y simpatía. Britton se sintió casi instantáneamente atraído hacia ella.

La casa era pequeña y decorada con gran gusto, pese a su relativa modestia. Britton se preguntó por qué una muchacha tan jovial vivía en un lugar tan apartado. Lo lógico hubiera sido vivir en un punto más concurrido, con más gente en las inmediaciones, con distracciones cercanas y no en una zona poco menos que solitaria, en donde las casas estaban apartadas entre sí a veces a distancias superiores a los mil metros.

Ella vino a poco con una bandeja. Sirvió el té rápida y diestramente y luego se sentó frente a su visitante.

—Adelante, estoy dispuesta a soportar todos sus reproches —declaró alegremente.

—Bueno, usted vino a mi casa por propia voluntad y se marchó de la misma manera. Estaba en su derecho.

—Pero no debía haberme marchado tan inopinadamente y, sobre todo, sin decírselo.

—La verdad, me pareció una actitud algo incongruente —calificó él.

—Entonces, desea una explicación.

—Es que, además, dejamos la conversación a la mitad. Bueno, la dejó usted.

—Yo le vi muy entretenido con la persona que le hablaba por teléfono...

—El inspector Carpenter, del Yard.
—Ah, es amigo suyo.
—Estudiamos juntos. El derivó hacia la policía y yo decidí seguir una de mis viejas aficiones.
—Abogado e historiador —murmuró Thara—. ¿Cómo se compagina eso, Marty? Si me permite que le llame así...
—No sólo se lo permito, sino que me agrada —sonrió Britton—. Bien, el caso es que me he especializado en herencias antiguas y basadas en testamentos confusos, cuando no ocultos o desaparecidos. Eso requiere investigaciones muy profundas y, como es de suponer, proporciona grandes conocimientos históricos.
—Lo que le ha permitido publicar un par de libros sobre sendas mansiones que tuvieron cierta importancia en la historia de Inglaterra.
—Exactamente.
—He leído los dos. Me gustaron mucho.
—Gracias, Thara.
—El librero me dijo que habían tenido bastante éxito.
—No puedo quejarme, aunque no hayan alcanzado el primer lugar en las listas de best-sellers —sonrió Britton—. Y ahora, respóndame a lo que el otro día no pudo hacer. ¿Quién es usted? ¿Por qué hizo tantas preguntas?
—Soy biólogo. Y fui ayudante un tiempo del doctor Stillis.
—¿Quién es ese individuo?
—Un científico muy notable... Para decirlo con palabras vulgares, hace malabarismos con las células.
—Genética, ¿eh?
—Sí. ¿Sabe?, yo también tengo mi propio laboratorio en esta casa. Investigo ciertos factores de herencia, la memoria genética y demás.
Britton se recostó en el diván.
—Las investigaciones cuestan dinero —observó.
—Tengo una pequeña fortuna, heredada de una anciana tía. Por ahora, puedo permitirme el lujo de trabajar en este caso cuatro o cinco años.
—¿Y después?
—Supongo que no me faltará algún empleo. En este aspecto, el porvenir no me inquieta demasiado.
—¿Y en otros aspectos?
Thara se puso seria de pronto.
—En otros aspectos, sí, estoy muy preocupada —declaró.
—A causa del doctor Stillis, me imagino.
—Sí, Marty.
—Cuénteme —rogó el joven—. El inspector Carpenter es buen amigo mío y hombre sumamente comprensivo. Si está en dificultades, le pediríamos ayuda.
—Gracias, pero es que todavía no estoy plenamente segura... Tendría que ver antes al doctor Stillis.

—¡Pues vamos los dos, mujer! —Exclamó Britton—. Precisamente estos días no tengo gran cosa que hacer. He terminado satisfactoriamente un asunto muy complicado y puedo tomarme sin dificultad una o dos semanas de vacaciones.

—El caso es que... no sé dónde está ahora Stillis —respondió Thara.

De pronto, la muchacha se puso en pie y empezó a dar paseos a lo largo de la sala. Britton la vio profundamente preocupada, pero respetó su silencio.

* * *

Al cabo de unos instantes, Thara se detuvo. Encendió un cigarrillo, inhaló el humo nerviosamente y empezó a hablar.

—Stillis sostiene la teoría de que es posible conferir inteligencia a las células. Según él, cada una puede ser como un cerebro humano, aunque de dimensiones microscópicas, y albergar la suficiente inteligencia como para obedecer determinadas órdenes. Pero se necesita cierta cantidad de células para que esa inteligencia ofrezca resultados digamos visibles.

—Vamos, un ser inconsciente, pero consciente al mismo tiempo.

—Más o menos —respondió la muchacha—. Pero su descubrimiento podría tener consecuencias espantosas... o sumamente beneficiosas, depende del uso que se haga de ello.

—Sus experimentos ¿son definitivos?

—Sólo hasta cierto punto. A! menos, que yo sepa; puesto que hace tres años que no sé nada de él, ni he vuelto a verle ni, como he dicho hace poco, conozco su actual paradero.

—Es de suponer que le agradaría tener una entrevista con Stillis.

—Desde luego —contestó Thara. Meneó la cabeza—. Llegué a conocerle un poco y lo que advertí en él me desagradó profundamente. Por eso lo dejé, pese a que sabía que a su lado hubiera podido aprender muchísimo. Pero había momentos en que me parecía un auténtico demonio.

—Thara, ¿sabe si los experimentos de Stillis tienen alguna relación con el rejuvenecimiento de las personas?

—Sí, claro, y había conseguido resultados muy notables. Pero un día...

Ella se interrumpió para aplastar el cigarrillo contra un cenicero.

—Yo lo sé, porque me lo contaron más tarde, no por haberlo presenciado, ya que para entonces había cortado toda relación con él —prosiguió—. Stillis necesitaba dinero desesperadamente. Debía fuertes sumas a un grupo de personas que financiaban sus experimentos. Eran gente que querían beneficios de su inversión, resultados positivos de la investigación, ya sabe, medicamentos rejuvenecedores y demás. Un día fueron a visitarle al laboratorio y discutieron violentísimamente, tanto, que llegaron a las manos... Quiero decir que él se peleó con uno o dos de los visitantes. En la lucha, se rompió un botellón lleno de alcohol. Había un infiernillo encendido y el laboratorio ardió hasta los cimientos.

—¿Qué le sucedió a Stillis? —preguntó Britton, tremendamente interesado en la historia.

—Estuvo a punto de morir. Los otros huyeron, dejándolo abandonado y medio inconsciente, entre las llamas. Fue a parar al hospital, con horribles quemaduras. Al fin, logró curar y cuando le dieron el alta, se marchó. Ya no se ha vuelto a saber de él.

—Pero usted sospecha que lo ocurrido en casa de Pamela es cosa de Stillis.

—Sí, juraría que fue él... aunque, por el momento, me resulta dificilísimo explicarlo. Tendría que hablar con Stillis largamente, y no creo que él se prestase a una conversación. Se quedó muy resentido conmigo al anunciarle que me despedía, ¿sabe?

—Ese rejuvenecimiento, ¿podría transformarse en odio?

Thara hizo un gesto ambiguo.

—No podría contestarle, Marty —dijo—. Tanto puede haberme olvidado, como haber continuado manteniendo su rencor. No lo sé; repito que tendría que hablar con él... si supiera dónde encontrarlo.

Britton se pellizcó el labio inferior.

—Se me ocurre una idea —dijo.

Thara le miró con interés.

—¿Buena?

—Espero que sí. Sospechamos que el rejuvenecimiento de Pamela Slagherty se debe a Stillis. Pamela no mencionó su nombre, ni siquiera dijo dónde se había hecho el tratamiento. Pero en alguna parte debe de haber una pista sobre ese asunto. Pamela tuvo que ver a Stillis, es más, residió algún tiempo con él, ya que me dijo que el tratamiento había durado un par de meses.

—Alguna nota, algún papel escrito en su casa —dijo Thara esperanzadamente.

—Muy posible —convino él—. Trataré de registrar su casa y...

«Dick» ladró repentinamente y el joven se interrumpió.

* * *

Los ladridos se repitieron. De pronto, tomaron un tono de pánico y se hicieron más sonoros y quejumbrosos.

Britton y Thara corrieron hacia la ventana. El joven levantó el bastidor. Desde allí, pudieron ver a «Dick» luchar con algo que permanecía medio oculto entre las plantas del jardín.

El perro luchaba furiosamente y ladraba de un modo singular. Era imposible, sin embargo, divisar a su enemigo con algún detalle.

Las plantas se agitaban fuertemente. De súbito, el perro rodó por tierra. Un horrible aullido brotó de su garganta, pero se cortó en el acto. Espeluznado, Britton divisó una masa oscura que parecía cubrir por completo al animal.

—¡Thara, una escopeta! —gritó.

—¡No tengo! —Contestó ella.

Britton saltó a través del hueco. Corrió unos pasos y entonces divisó un espectáculo que le llenó de horror.

«Dick» había desaparecido por completo bajo aquella masa grisácea, que se agitaba con fuertes ondulaciones, iniciadas en el centro y expandidas como las ondulaciones del agua después de una pedrada. La cosa carecía por completo de forma y no había en ella ojos ni otros detalles fisonómicos que permitieran identificarla como un organismo viviente.

Y, sin embargo, era algo que existía, que tenía vida. Pero ¿era también un ser inteligente?

Al cabo de unos segundos, consiguió arrancarse a la morbosa fascinación que le causaba la vista de aquel monstruo sin forma. Volvió la cabeza; a! fondo del jardín, divisó un pequeño cobertizo en el que supuso debía haber herramientas de jardinería.

Corrió hacia allá y encontró una horquilla de púas de hierro. Thara le gritó una advertencia:

—¡Marty, ten cuidado! ¡No dejes que te toque!

El joven avanzó con gran precaución hacia la cosa. Alargando la horquilla al máximo, pinchó al monstruo, pero éste no pareció sentir en absoluto la penetración de las púas. Entonces, Britton recordó que Rogent había hecho también algunos disparos contra la bestia atacante, sin resultados positivos.

—¡Thara, esto no sirve! —exclamó—. ¿Tienes por ahí algún líquido combustible?

—Sí, tengo alcohol, Marty.

—Tráelo. Inmediatamente; el fuego es lo único que puede dañar a este monstruo.

Las ondulaciones de la cosa proseguían incesantemente. De súbito, empezó a alargarse en cierta dirección.

Britton, horrorizado, retrocedió un paso instintivamente. La cosa se estiraba, como si de su masa naciera un largo brazo, que reptaba rápidamente por el suelo. A medida que el brazo corría sobre el terreno, su tamaño se hacía cada vez menor.

De pronto, Britton oyó un estallido de vidrios rotos.

Volvió la cabeza un instante. Thara, arrodillada en el suelo, se limpiaba maquinalmente las perneras de los pantalones.

—¡Oh, Marty! He tropezado... con las prisas... Se me ha roto la botella del alcohol... —gimió.

Britton meneó la cabeza. Aunque no se hubiese derramado el líquido combustible, el intento habría resultado ya vano.

La serpiente en que se había convertido el monstruo alcanzó la boca de un desagüe próximo a la valla y desapareció rapidísimamente en su interior. Unos segundos después, se había perdido de vista por completo.

Y algo quedó al descubierto, como horrible recuerdo del paso de aquel espantoso monstruo por el jardín de la casa de Thara: el esqueleto de «Dick»,

absolutamente desprovisto de todo tejido blando, con los huesos totalmente limpios, siniestramente blancos bajo el sol radiante de aquella mañana de primavera.

CAPITULO IV

Britton entró en la casa, buscó una manta y salió al jardín de nuevo. El esqueleto del perro quedó oculto a la vista.

Luego regresó junto a la muchacha. Thara, tremendamente deprimida, sollozaba en el diván. Britton buscó algo de beber, llenó una copa y la puso en sus manos.

—Toma unos sorbos —aconsejó—. Te sentará bien.

Ella hizo un esfuerzo.

—Pobre «Dick» —se lamentó—. Lo había criado con biberón... Perdió a su madre, cuando tenía apenas un par de semanas... Y ha tenido que morir de una forma tan horrible...

—¿Digerido por el monstruo?

—Así se podría decir, Marty.

—No entiendo. ¿Cómo ha podido suceder todo con tanta rapidez?

—Ni yo misma acabo de entenderlo —respondió la muchacha, todavía muy afligida—. Creo que tengo una idea, pero la explicación resultaría demasiado prolija...

—Creo haberte oído decir algo sobre la inteligencia de las células. ¿Supones que ese monstruo que hemos visto es consecuencia de los trabajos de Stillis?

—No tengo la menor duda, Marty. Stillis ha creado un ser inteligente, pero sin forma, capaz de las mayores aberraciones.

—Como el monstruo de Frankenstein.

—Aquel ser era ficción. Esto es absoluta realidad. Y no tiene forma humana, lo que le hace ser aún más espantoso.

—Thara, ¿por qué vino aquí el monstruo? «Precisamente» a tu casa —preguntó Britton.

—Lo ignoro. Sólo puedo decirte que nunca se me habría ocurrido semejante posibilidad...

Britton empezó a dar paseos por la estancia.

—En cambio, a mí se me ocurren varias sugerencias sobre el caso. Una, apareció por casualidad. Otra, vino, digamos, a tiro hecho. Otra más, atacó a la primera presa que encontró en su camino. Y aún otra sugerencia: si atacó a «Dick», fue porque éste, a su vez y cumpliendo con su obligación, quiso defenderte. Finalmente, la última hipótesis, si las células que componen ese horrible organismo son colectivamente inteligentes, vinieron aquí obedeciendo órdenes de Stillis.

—Todas esas suposiciones son perfectamente aceptables, aunque creo que sólo una de ellas es cierta —dijo Thara.

—Pero, en todo caso, la presencia del ser tiene una consecuencia muy clara: Stillis vive relativamente cerca de tu casa. ¿Opinas que sabe que estás aquí?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—No puedo contestar a tu pregunta, Marty —dijo.

—Su laboratorio se incendió en aquel accidente en el que estuvo a punto de perder la vida —dijo Britton, detenido momentáneamente para encender un cigarrillo—. Si ha continuado sus experimentos, es obvio que ha instalado un segundo laboratorio en alguna parte. Por tanto, interesaría localizar ese laboratorio.

—Sí, pero ¿qué haríamos entonces?

—Destruir el monstruo como fuese.

—¿Crees que Stillis lo permitiría?

—Tendría que resignarse. No es posible tolerar la existencia de una bestia tan dañina. Mató a una persona. Y tú has estado a punto de correr la misma suerte.

—¿Yo? —se sorprendió Thara.

—¿Por qué tuvo que venir aquí esa bestia? Es demasiada coincidencia, para tomarlo como un caso fortuito. Tú trabajaste con Stillis: conoces algunos de sus secretos. O le interesa que se divulguen, simplemente.

Thara reflexionó unos instantes sobre las palabras que acababa de escuchar.

—Es posible que tengas razón —dijo al cabo—. A pesar de lodo, lo que yo pudiera declarar, no le causaría ningún daño...

—El sí lo cree así y. por tanto, estima conveniente eliminarte. Lo cual quiere decir que hemos de anticiparnos a sus planes y tratar de localizar el lugar donde se encuentra ahora. Thara, te dije antes que no tengo nada que hacer durante los próximos días. ¿Por qué no investigamos en los alrededores?

—Puede ser una buena idea —convino ella.

—Lo es —sonrió Britton—. Mira, al venir de camino hacía esta casa, atravesé Greenville. Iré a comprar alcohol y petróleo. Estoy seguro de que el fuego es la única arma que puede amedrentar al monstruo.

Thara hizo un esfuerzo y consiguió ponerse en pie.

—Hoy es ya un poco tarde para iniciar las pesquisas —dijo.

—Bueno, no importa: empezaremos mañana por la mañana. —Britton señaló el diván'—. Dormiré ahí; con una manta tendré suficiente.

—En la casa hay un par de habitaciones de huéspedes.

—Lo discutiremos a mi regreso.

Britton se dirigió hacia la puerta, pero antes de abrir volvió la cabeza.

—Thara, uno de los motivos por los que vine aquí fue tu inesperada marcha de mi casa. ¿Qué sucedió?

—Oh, es verdad... Mientras hablabas con el inspector Carpenter, yo miraba a través de la ventana. Me pareció ver a Gerald McGerald.

—Vaya un nombrecito —comentó el joven—. ¿Quién es ese tipo?

—El otro ayudante de Stillis. Era un hombre muy fiel al doctor y absolutamente incondicional. Sospecho que continúa a su lado y por eso, al

verlo, eché a correr para tratar de darle alcance.

—Pero no lo conseguiste.

Thara hizo un gesto negativo.

—Desapareció... y no es seguro tampoco que fuese el hombre al que vi —repuso.

—Está bien, volveré lo antes posible, Thara.

—Tendrás la cena preparada. Marty.

* * *

El día era radiante, luminoso. Sentada en el asiento delantero, junto al conductor, Thara contemplaba el paisaje a través de unos lentes ligeramente ahumados. Su cabello estaba sujeto por un pañuelo anudado bajo la barbilla.

La víspera, en el pueblo, Britton había conseguido un mapa muy detallado de la comarca, y en el cual se hallaban señalados los menores detalles. Seguían los distintos caminos que conducían a casas y granjas, y se detenían ante cada poste indicador, contemplando los edificios y tratando de averiguar si se advertía en ellos algo sospechoso.

De cuando en cuando, se encontraban con algún aldeano, al que preguntaban por Stillis. Hasta el momento, no habían recibido ninguna respuesta mínimamente positiva.

Cerca del mediodía, Britton divisó un grupo de álamos que crecían en torno a una fuentecilla.

—Este puede ser un buen sitio para tomar un bocado —propuso.

Thara aceptó en el acto. Dado el buen tiempo que reinaba, habían juzgado conveniente proveerse de comida y bebida, ésta en forma de algunas latas de cerveza y un par de termos con té y café. También llevaban un pequeño frasquito de Brandy, en previsión de eventualidades.

Pese a las preocupaciones que sentían, comieron con buen apetito. Luego. Britton, con un vaso de café en la mano, hizo una pregunta a la muchacha:

—Thara, tú que lo conociste, dime, ¿cómo era Stillis?

—Ya te he dicho, una especie de genio...

—No. no me has entendido. Dejemos la ciencia a un lado y ocupémonos de los aspectos puramente personales. ¿Qué clase de individuo era?

—Amable, aunque, a veces, con unos arranques de cólera muy desagradables. Sin embargo, si te había hecho daño, luego se disculpaba muy sinceramente.

—Sí, pero, mientras tanto, ya había soltado la coz —gruñó el joven—, ¿Qué más puedes decirme de él?

—Oh, era un hombre tremendamente atractivo, y eso que ya rondaba el medio siglo. Dejando de lado sus exabruptos, que los tenía cuando las cosas no marchaban a su gusto, era un hombre encantador, y bastante pagado de su apariencia personal. Tenía motivos para ello: de joven, debía de haber sido un hombre guapísimo, y aun ahora, ya en la madurez, resultaba sumamente

atractivo.

—Le gustarían las mujeres, supongo.

—¡Uf! —Dijo Thara, a la vez que agitaba la mano—. No te puedes hacer una idea... Pero no era un obseso sexual; cuando se concentraba en su trabajo, se olvidaba de todo y no vivía más que para sus experimentos.

Britton sonrió.

—Tú eres muy bonita —dijo—. Seguramente, te persiguió en más de una ocasión...

—Pues no, ahí te equivocas. Con sus colaboradores no mantenía sino relaciones puramente profesionales. Ahora bien, siempre, a la primera ocasión que se le presentaba, iniciaba una aventura...

—Con éxito.

—No fallaba una,

—¡Qué hombre! —Comentó Britton—. Pero eso que has dicho me hace pensar una cosa.

—¿Qué es, Marty?

—¿Viste a Stillis después del incendio? Quiero decir, si fuiste a visitarlo al hospital.

—Sí, pero no vi apenas otra cosa que vendajes y estaba sometido a la acción de la morfina, de modo que no pude hablar con él. En la segunda visita, la enfermera me informó que no quería recibirme y que deseaba no volviera a verle más en su vida. Imagino que debió de quedar horrorosamente desfigurado por el fuego...

—Ahí es justamente donde yo iba a parar —exclamó Britton—. Si Stillis estaba tan pagado de su aspecto personal y el fuego lo desfiguró, ¿no crees que trate de vengarse de los que estima culpables de su venganza?

—Posiblemente —convino ella, vivamente sorprendida—. Es algo que no se me había ocurrido... ¿Era Pamela Slagherty una de las personas que provocaron el incendio del laboratorio, aunque fuese involuntariamente?

—No lo sé, pero lo averiguaré en cuanto vuelva a Londres — concretó Britton resueltamente—. Trataré de averiguar quiénes eran los que financiaban sus investigaciones y hablaré con todos ellos. Así obtendremos algunas informaciones muy positivas, espero.

—Ojalá sea como dices —deseó la muchacha—. Marty, hemos terminado ya. ¿Continuamos?

—Por supuesto.

CAPITULO V

Media hora más tarde, encontraron, un coche parado a un lado de la carretera. Junto al vehículo y mirando desconcertadamente el interior del motor, había un hombre.

Britton paró inmediatamente su automóvil.

—¿Puedo serle útil en algo? —se ofreció.

El hombre se incorporó sonriendo.

—Este maldito cacharro se me ha parado inesperadamente y no sé qué demonios le ha pasado... —De pronto, el sujeto vio a Thara y se interrumpió bruscamente—. Dispense el lenguaje, señora; no la había visto a usted y esto me ha puesto furioso...

—No se preocupe —sonrió la muchacha—. Un par de tacos, en ocasiones, siempre alivian.

El hombre sonrió. Aparentaba unos cuarenta y cinco años y era de gran apostura física, con un rostro muy juvenil. Sólo las canas de las sienes permitían calcular su verdadera edad. De no haber sido por ello, pensó Britton, podía haber pensado que tenía diez o quince años menos.

El joven abrió la portezuela y saltó al suelo.

—Voy a ver si puedo ayudarle —dijo—. Ah, me llamo Britton, Marty Britton.

—Vince Kettoe —se presentó el sujeto.

—Ella no es mi esposa —añadió Britton—. Se llama Thara Courtenay.

—Encantada —saludó Thara.

—Es un placer, señorita —dijo Kettoe.

Britton se inclinó sobre el motor. Miró atentamente durante algunos segundos y luego tanteó algunos cables con los dedos. De pronto, lanzó una exclamación.

—Ah, creo que ya lo he encontrado. Señor Kettoe, si tiene una navajita y un trozo de cinta aislante por alguna parte, podré reparar su avería hasta que pueda llevar el coche a un taller, para que le pongan un cable de la bobina principal.

—Pues... sí, creo que algo tendré por ahí... No será cinta aislante, pero sí esparadrapo...

—Para salir del paso, suficiente.

Britton peló los dos extremos rotos del cable, ya muy viejo, hizo el empalme, lo cubrió con un poco de esparadrapo y luego pidió a Kettoe que accionase el arranque. El motor se puso en marcha instantáneamente.

Kettoe se apeó sonriendo.

—No sabe lo agradecido que le estoy, señor Britton —declaró—. Si un día puedo corresponder, me tiene a su disposición en Sharlmore House, a milla y media de aquí, hacia el Oeste. Basta tomar el camino de la izquierda, a un cuarto de milla, y encontrarán mi casa sin dificultad.

—Se lo agradecemos mucho —dijo Britton—. Por cierto, señor Kettoe, usted que es de aquí, ¿ha oído hablar alguna vez de un tal doctor Stillis? —Se volvió hacia la muchacha—. Thara, ¿cuál es el nombre del doctor?

—Dagobert —respondió ella.

—Dagobert Stillis —dijo el joven—. ¿Le suena, señor Kettoe?

—En absoluto. Nunca lo he oído ni tengo la menor idea de quién pueda ser.

—Es lo mismo, no se preocupe. Gracias por todo...

—Al contrario, soy yo quien debe dárselas —rió Kettoe.

Britton volvió al coche y arrancó de nuevo.

—En cuanto llegue a Londres, hablaré con mi amigo el inspector Carpenter —exclamó firmemente.

* * *

—Eran cuatro los socios financieros de Stillis —dijo Anthony Carpenter una semana más tarde—. Y, si, hubo una investigación sobre el hecho, pero quedaron exculpados.

—¿Por qué? —preguntó Britton.

—Las declaraciones de los cuatro fueron idénticas. Sí, efectivamente, estaban sufragando investigaciones de Stillis, pero con objetivos meramente comerciales.

—¿Comerciales? —se extrañó el joven.

Carpenter sonrió.

—Cremas faciales regeneradoras y cosas así —dijo irónicamente—. También un biólogo puede dedicarse a inventar potingues para las damas.

—Pero, por lo visto, se dedicaba a otras cosas.

—Eso ya no lo sé. No obstante, puedo decirte que todos declararon haber intentado salvar a Stillis del fuego, aunque admitieron haberlo provocado en la discusión que se originó a causa de que reprochaban a Stillis la tardanza en obtener resultados. En realidad, no provocaron el fuego voluntariamente. La discusión se agrió, Stillis tenía un genio infernal y se peleó con dos de los hombres. Un frasco de alcohol se rompió y se incendió...

—Sí, eso ya lo sabía. Pero si quisieron salvarle, ¿por qué sufrió tan graves quemaduras? En mi opinión, tuvieron tiempo más que sobrado de escapar del fuego.

—Por lo visto, en la pelea, Stillis recibió un golpe que le dejó semiinconsciente. Ellos lo sacaron fuera, pero Stillis, enloquecido, se precipitó al interior del laboratorio, gritando que tenía que salvar algunos documentos muy importantes. Entonces fue cuando se quemó.

—Y quedó horriblemente desfigurado.

—Según me han informado en el hospital, así fue —contestó Carpenter, mientras atacaba el tabaco en la cazoleta de la pipa.

—¿No quiso hacerse luego la cirugía estética?

—Se lo propusieron una vez curado, pero lo rechazó tajantemente. Y, apenas le dieron el alta, se marchó y nadie le ha vuelto a ver.

Carpenter miró de soslayo a su amigo.

—Pero, bueno, vamos a ver, ¿por qué te interesa tanto a ti ese científico chiflado? —exclamó.

—Recuerda lo que le pasó a Pamela Slagherty y a Fred Rogent. Y a «Dick», el perro de Thara Courtenay.

—Entonces, tú sospechas que Stillis tiene algo que ver con ese asunto.

—Estoy seguro, Tony —respondió el joven—. Pero, bueno, todavía no me has dicho los nombres de las personas que financiaban los experimentos de Stillis.

—Eran cuatro: dos hombres y dos mujeres. Elmer Tarroy, Digby Farhott, Agnes Simpson...

—¿Sí, Tony?

—Y Pamela Slagherty.

Hubo un momento de silencio.

Britton tenía la vista fija en su amigo. El inspector Carpenter sostenía la pipa con los dientes, mientras agarraba la cazoleta con la mano izquierda.

—Sí, Marty —confirmó el policía, pasados algunos instantes—. Pamela era uno de los socios de Stillis. Socio capitalista, al veinticinco por ciento de la inversión.

Britton se recuperó de la sorpresa recibida.

—No sabrás cuánto dinero invirtió en la empresa —murmuró.

—No era un asunto ilegal y no tenían por qué declararlo, salvo a Hacienda. Pero en la investigación legal que se llevó a cabo tras el incendio, no se estimó necesario conocer ese detalle en profundidad.

—Alguien debe de saberlo, Tony.

—Sí, eso supongo yo.

—Agnes Simpson, por ejemplo.

Carpenter hizo un amplio ademán con el brazo.

—Pregúntaselo a la interesada —aconsejó.

* * *

Una doncella abrió la puerta y Britton le entregó su tarjeta de visita. A los pocos minutos, Britton fue introducido en un saloncito íntimo. La mujer que estaba allí dio una orden a su sirvienta.

—Puede marcharse. Hoy ya no la necesitaré, Vivian.

—Sí, señora.

Agnes Simpson miró al joven con curiosidad. Era una mujer de cerca de cuarenta años, muy guapa, de formas generosas, y elegantemente vestida. Saltaba a la vista su excelente posición económica.

—¿Y bien? ¿En qué puedo servirle, señor Britton? —preguntó ella tras una pausa.

—Le diré una cosa, señora. No tengo ninguna autoridad legal y usted, si lo desea, puede negarse a responder a mis preguntas. No obstante, sí tengo un gran interés en encontrar a un hombre que desapareció hace aproximadamente tres años.

—¿Le conozco yo? —preguntó Agnes.

—Lo conoció. Es el doctor Stillis.

—Ah...

La dama meditó unos instantes.

—No guardo buen recuerdo de aquel sujeto —dijo al cabo.

—¿Puedo conocer las causas, señora?

—¿Es usted detective privado, señor Britton?

—Sólo en este asunto, señora —sonrió el joven.

Agnes meneó la cabeza.

—Stillis era un gran científico, lo seguirá siendo, supongo, pero, también, un hombre insufriblemente orgulloso, rebosante de vanidad y con un carácter absolutamente detestable. Era muy atractivo físicamente, pero ese atractivo desaparecía si se tenía la mala suerte de estar a su lado en uno de sus estallidos de cólera.

—Es decir, tenía un genio incontrolable.

—En ocasiones, sí.

—¿Por... ejemplo?

—Cuando no le salían bien las cosas, cuando se hacía algo que le contrariaba...

—Como pedirle cuentas del dinero que se le había facilitado para sus investigaciones.

—Sí, en efecto.

—¿Se negaba a rendir cuentas?

—El decía que lo importante eran los resultados y no saber si se habían gastado cien o mil libras en materiales e instrumentos para sus trabajos. Yo estoy de acuerdo con ese punto de vista; lo malo es que no ofrecía resultados.

—Y por eso fueron a verle los cuatro socios.

—Está muy bien enterado de lo que sucedió —observó Agnes.

—El asunto me interesa, señora.

—Sí, fuimos los cuatro. Stillis se puso como loco. Nos insultó de una forma horrible, hasta el punto de que uno de los socios le dio una bofetada.

—Y entonces se originó una pelea...

—Efectivamente. Stillis se peleó con los dos hombres. Entonces, se rompió un botellón de alcohol y se incendió.

—Ustedes lo sacaron del laboratorio. ¿Es cierto que él volvió a entrar para tratar de rescatar unos valiosos documentos?

—Rigurosamente cierto —contestó Agnes con gran énfasis.

—Luego fue a parar al hospital, en donde le curaron, aunque quedó muy desfigurado.

—Sí, eso tengo entendido. Yo ya no volví a verle.

—¿Sabe si el doctor Stillis dijo algo acerca de vengarse de lo sucedido?

—No, nadie me ha comunicado nada al respecto.

—Habló con Pamela Slagherty en los últimos tiempos? ¿Comentó el suceso?

—No, tanto ella como yo y, por supuesto, los otros dos socios, acordamos dar por perdido el dinero invertido. En realidad, lo que hicimos fue disolver la sociedad. —Agnes trató de sonreír—. Créame, ya no volverán a sorprenderme con otro cuento de un maquillaje milagroso, que devuelve la juventud. Pude ser crédula entonces, pero no me sucederá de nuevo, se lo aseguro.

—La creo —sonrió Britton—, Por último, señora Simpson, ¿no tiene idea de dónde puede estar ahora el doctor Stillis?

—En absoluto. Ni me interesa tampoco.

—Gracias, señora.

Britton se encaminó hacia la puerta.

—Le acompañaré —se ofreció Agnes.

—Es usted muy amable.

Cuando llegaban a la puerta, sonó el timbre. Agnes se apresuró a abrir.

Un hombre apareció en el umbral, portador de un enorme ramo de flores.

—Hola, Agnes; estás más hermosa que nunca... Oh, no sabía que tuvieras visita... —dijo el recién llegado.

—El señor Britton se iba ya, querido —contestó Agnes.

Un rostro conocido asomó por encima de las flores. Britton sonrió.

—¡Qué agradable casualidad! —Exclamó—, ¿Cómo está, señor Kettoe?

Los ojos del individuo chispearon coléricamente durante un segundo. Luego su expresión cambió y se hizo cortés y amable.

—Sí, es una agradable casualidad —respondió—. Celebro verle de nuevo, señor Britton.

—Ah, pero se conocían ya —exclamó Agnes, desconcertada.

—Así es, querida. El señor Britton tuvo la amabilidad de reparar una pequeña avería en mi coche, que me impedía continuar viaje.

—No tuvo importancia; al contrario, fue un placer —dijo el joven—. Señora... Señor Kettoe...

Britton abandonó la casa y se encaminó hacia el ascensor. Cuando llegaba a la planta, se dio cuenta de que había olvidado formular una pregunta a Agnes.

Sin pensárselo dos veces, pulsó de nuevo el botón de ascenso. El aparato invirtió la marcha.

Salió del ascensor y llegó ante la puerta del apartamento de Agnes. Llamó, pero nadie le contestó.

Aprensivo, hizo girar el pomo y se precipitó en el interior de la casa. De alguna parte le llegaron sonidos entrecortados, ininteligibles.

Britton sintió que se le ponían los pelos de punta. Corrió unos cuantos pasos y, de pronto, vio el ramo de flores caído en el umbral de una puerta entreabierta.

Por aquel hueco salían los sonidos, que se le antojaron espeluznantes. Abrió de golpe y contempló un espectáculo singular.

Agnes y Kettoe yacían sobre la cama, a medio vestir ambos, debatiéndose en lo que parecía una lucha a muerte, pero que, sin embargo, era algo muy distinto. Ninguno de los dos se dio cuenta de que estaban siendo observados.

Britton sonrió para sí, a la vez que cerraba en silencio, satisfecho de ver disipados sus temores.

—Sí que sentían «urgencia» —comentó apagadamente, mientras emprendían una discreta retirada—. ¡Qué pasión, madre!

Meneó la cabeza. Otro día, o por teléfono, pensó, le preguntaría si Pamela le había dicho el nombre del doctor que había sabido rejuvenecerla, hasta el extremo de convertirla, al menos en apariencia, en una joven de veinte años.

Una vez en la calle, consultó un papel que llevaba en uno de los bolsillos. La siguiente persona a la que debía visitar era Elmer Tarroy, otra de las «víctimas» financieras del doctor Stillis.

CAPITULO VI

Elmer Tarroy soltó un bufido apenas su visitante hubo expuesto los motivos que lo habían llevado a su presencia.

—¡No me hable de ese despreciable sujeto! —Barbotó, en pie, ante un bar abundantemente provisto, mientras se servía una copa—. Mis relaciones con el doctor Stillis constituyen un capítulo de mi vida, del que me avergonzaré mientras aliente.

—Parece que todavía le guarda rencor —observó Britton.

Tarroy fue hacia el joven y puso el vaso en sus manos.

—A veces pienso que me gustaría encontrarle, para estrangularlo personalmente —contestó.

Britton estudió al individuo, bajito, rechoncho, casi completamente calvo. Debía de tener la misma edad de Stillis, calculó, lo cual significaba que en una lucha personal Tarroy tenía todas las de perder.

—¿Cuánto dinero invirtió en las investigaciones de Stillis? —preguntó.

—Casi veinte mil libras. —Tarroy gesticulaba aparatosamente y movió la mano como si arrojase algo a lo alto—. Tanto podía haberlas quemado y convertido en humo —añadió—. El resultado habría sido idéntico. ¡Puf, todo palabrería, farfolla científica, retórica indecente, para justificar su estafa!

—¿Cree de veras que fueron estafados?

—Entre todos, perdimos casi cien mil libras, y ello en menos de dos años, sin obtener nada a cambio. Si eso no es una estafa...

—Quizá no le dieron tiempo a completar sus trabajos.

—Aseguró que lo terminaría todo en seis meses. Fuimos demasiado comprensivos y aguardamos dos años. Entonces, perdida la paciencia, acordamos visitarle los cuatro. Y pasó lo que pasó y usted sabe de sobras.

—Ustedes impidieron que se quemase, pero él volvió al interior y entonces...

—Sí, Stillis quiso volver. La responsabilidad es enteramente suya.

—Pero alguien le pegó primero una bofetada.

—Nos puso fuera de sí, y no sólo a los hombres, sino también a las damas. Lo confieso, yo fui el primero. Tenía un vocabulario horroroso, como no puede imaginar siquiera.

—Y usted, perdida la paciencia, le pegó un puñetazo...

—No, una patada. —Tarroy soltó una risita—. Soy demasiado bajo para alcanzarle en la cara. El que le atizó una bofetada que le hizo dar dos vueltas fue el otro, Farhott. Entonces, al girar, con los brazos abiertos, Stillis golpeó el maldito botellón de alcohol y lo rompió. Estaba junto a un mechero encendido.

—Comprendo. ¿Fue a verle después al hospital?

—No, no tenía ganas de enfrentarme de nuevo con aquel detestable sujeto. Estaba muy grave, pero, aun así, no sé si hubiera podido contenerme.

Britton frunció el ceño. El odio de Tarroy le parecía excesivo. Al cabo de tres años se mantenía tan vivo, o más, como el primer día. ¿Existían otros motivos para aquel rencor?, se preguntó.

—Señor Tarroy, una última pregunta, por favor.

—Sí, diga —accedió el sujeto.

—¿Vio usted a Pamela Slagherty después de su cura de rejuvenecimiento?

—No. Es más, y dado que la nuestra era una asociación puramente circunstancial, dejé de verla a partir de aquel día. Ya no he vuelto a tener otras noticias suyas, salvo las que han publicado los periódicos.

—Muchas gracias, señor Tarroy.

La entrevista había tenido lugar en la residencia de Tarroy, en su despacho privado. Cuando el joven se disponía a salir, alguien abrió la puerta bruscamente.

—Oh, dispensa, cariño; no sabía que estuvieses ocupado —exclamó la hermosa mujer que estaba en el umbral.

—El señor Britton ya se iba, cariño —dijo Tarroy—. Es mi esposa —se dirigió al joven.

Britton hizo una leve inclinación de cabeza.

—Tanto gusto, señora Tarroy —saludó.

—Encantada —contestó ella.

La señora Tarroy, apreció el joven, tenía unos quince años menos que su marido y era realmente muy atractiva. Era más alta que su esposo y la pareja, en realidad, no podía resultar más discordante. «Un matrimonio por dinero», pensó Britton de inmediato.

—Gracias por todo, señor Tarroy —dijo.

—Mavis, el señor Britton ha venido a visitarme, por el asunto del doctor Stillis —explicó el dueño de la casa.

A Britton le pareció ver que el hermoso cuerpo de Mavis Tarroy se estremecía ligeramente. Ella le dirigió una larga y penetrante mirada.

—Era un canalla —murmuró.

—Sí, eso tengo entendido —convino el joven—. Señora, señor...

Britton salió a la calle. Se le había hecho tarde ya. Iría al día siguiente a visitar al cuarto miembro de la sociedad, Digby Farhott.

En los motivos de odio de Tarroy, especuló, había algo más que la pérdida de veinte mil libras. Resultaría interesante comprobar sus sospechas, se dijo.

—Pero en otro momento y con la máxima discreción —decidió, mientras abría la portezuela de su coche.

Cuando llegó a su apartamento, vio que alguien abría la puerta desde el interior. Thara casi se echó en sus brazos.

—Debieras haber venido un par de minutos antes —exclamó, muy nerviosa—. ¿Dónde estabas, Marty?

—Indagando por ahí —contestó él—. Pero ¿qué sucede?

—Ahora ya no hay error posible. He visto a McGerald.

—¿El ayudante de Stillis?

—Sí, el mismo. Debió de seguirme, sin que yo me diera cuenta. Luego, cuando me asomé a la ventana, estaba allí fuera. No me equivoco, le reconocí perfectamente. Es más, él se dio cuenta de que yo le había visto y hasta me dirigió una sonrisa. Al cabo de unos minutos, subió a su coche y se marchó.

Britton se sintió preocupado.

—No se te habrá ocurrido tomar la matrícula de su coche, —dijo.

—Estaba demasiado lejos. Si hubiese dispuesto de unos gemelos, tal vez...

—Es lo mismo. Trataremos de estar prevenidos, para el caso de que quiera jugarnos una mala pasada. Pero ¿cómo se te ha ocurrido venir a mi casa?

—Me sentía inquieta. No podía concentrarme en el trabajo. Además, ya no tengo a «Dick», y con él estaba muy tranquila.

—Eso es cierto. Oye, Thara, no te lo he preguntado... ¿Tienes familia?

—Claro. Mis padres viven en Glasgow. El es un alto funcionario municipal, ¿sabes?

—Quizá convendría que te fueses con ellos una temporada —sugirió el joven.

—No, no quiero causarles preocupaciones a mis padres. Es mejor que se queden al margen de todo esto.

—Como quieras. ¿Tomamos un poco de café?

Thara suspiró.

—Sí, creo que nos conviene —respondió—. ¿Has averiguado algo de interés?

Britton frunció el ceño, mientras se encaminaba a la cocina.

—Dijiste que Stillis era muy mujeriego.

—Sí. Un hombre realmente insaciable. No sé si será cuestión de psiquiatría...

—No, es cuestión de la propia naturaleza —sonrió él, a la vez que ponía la cafetera al fuego—. ¿Has oído, en alguna ocasión, nombres de sus «víctimas»?

—Solía ser muy discreto...

—¿También con McGerald? A veces, los hombres, entre sí, se hacen confidencias sobre temas que estiman vedados a las mujeres. Bueno, tú ya me entiendes.

—Desde luego, aunque McGerald nunca me comentó nada sobre el particular. ¿Por qué lo preguntas, Marty?

—No estoy seguro, sólo son sospechas, hasta el momento. He hablado con Tarroy. Me presentó a su esposa. Creo que la señora Tarroy se alteró un tanto al oír mencionar el nombre de Stillis.

—¿De veras?

—Mavis Tarroy es quince años más joven que su esposo, muy hermosa... y él es un tipo físicamente poco o nada atractivo.

—Es decir, supones posible un romance entre Stillis y la señora Tarroy.

—Después de haberle oído a él y saber que aún sigue guardándole un odio africano, casi podría jurarlo, Thara.

—A mí no me extrañaría nada, aunque, repito, desconozco nombres de las amantes de Stillis. ¿Has visto a los otros socios?

Britton se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó la muchacha, intrigada.

—Estuve con Agnes Simpson. Kettoe llegó cuando yo me marchaba. Luego regresé porque me había olvidado de hacerle una pregunta, llamé, no me contestaron, entré, alarmado... y los encontré... Bueno, figúratelo. Ni se enteraron de que Íes estaba viendo.

—Menuda escena —sonrió Thara.

—Sí, muy... ardorosa. La llamaré ahora, cuando nos hayamos tomado el café.

Un cuarto de hora más tarde, volvieron a la sala. Britton levantó el teléfono y marcó un número.

Esperó unos instantes. No tardó mucho en oír la voz de Agnes.

—Señora Simpson —dijo el joven.

—Sí, yo misma.

—Soy Britton. Dispénseme, señora; olvidé hacerle una pregunta en la entrevista que sostuvimos esta mañana...

Súbitamente, Britton oyó un horripilante chillido que llegó hasta sus tímpanos a través del hijo telefónico.

—¡Socorro! No... no... Quítenme eso de aquí... Va a devorarme... Me abrasa... ¡Me come viva!

El tono de voz de Agnes era tan agudo, que incluso Thara pudo escucharlo, a pesar de hallarse a cierta distancia de la mesa a la cual se hallaba el joven. La muchacha se puso pálida inmediatamente.

—¡Dios mío! ¡El monstruo ataca de nuevo! —exclamó.

—¡Agnes! —Aulló Britton—. Contésteme... Escúcheme, por favor; encienda algo... Un fósforo, un mechero... Prenda fuego a un trapo... Es lo único que puede salvarla...

Pero la dama no contestó. Britton ya sólo pudo escuchar algunos gorgoteos ininteligibles, que cesaron muy pocos instante más tarde.

El joven no perdió tiempo.

—¡Vamos, Thara, pronto! —exclamó, a la vez que se lanzaba hacia la puerta.

Ella le siguió, pero, al igual que Britton, se imaginaba de sobra lo que iba a encontrar.

* * *

En el camino, Britton se detuvo unos segundos para avisar a su amigo el inspector Carpenter, ya que su teléfono había quedado bloqueado puesto que Agnes no había vuelto el suyo a la horquilla. Cuando llegaban a la puerta de la residencia de Agnes, vieron aparecer otro coche por el extremo opuesto de la calle.

Carpenter saltó al suelo, antes de que el automóvil se detuviese por completo.

—¡Marty! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué sucede? ¿Por qué me has hecho venir aquí con tanta urgencia?

—Será mejor que no perdamos tiempo —contestó el joven—, Ven, sígueme. Tony.

Carpenter frunció el ceño.

—Si se trata de alguna de tus elucubraciones...

—Le aconsejo se prepare para lo peor, inspector —dijo Thara muy excitada.

Los dos amigos y la muchacha, seguidos de un par de policemen de uniforme, penetraron en el edificio y se precipitaron hacia el ascensor. Momentos después, Britton, sin esperar a más, cargaba contra la puerta del apartamento de Agnes.

La doncella oyó el estruendo y corrió asustada hacia el vehículo.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Por qué invaden esta casa?

—¿Dónde está la señora? —Preguntó Britton—. ¡Conteste, pronto!

—¿La señora? No lo sé; yo acabo de regresar y ya no estaba... Habrá salido, supongo. La señora no acostumbra a darme explicaciones acerca de sus actos, señor.

Britton tragó saliva. ¿Se habría equivocado? ¿Había sido objeto de una broma pesada?

Volvió la cabeza un instante. Carpenter le miraba con expresión de furia mal contenida.

—De todos modos —dijo Britton—, voy a mirar en toda la casa.

—¡Le repito que la señora no está! —Insistió la doncella—. Ahora, precisamente, iba a arreglar un poco las cosas...

—¿No ha visto un esqueleto?

—¡Oigan, este hombre está loco! —Gritó la sirvienta—. Por favor, señores agentes; llévenselo de aquí antes de que sea demasiado tarde para mí.

—Escuche, señora... ¿Cómo se llama usted? —preguntó Britton.

—Vivian —contestó la doncella, muy digna—, Pero...

—Usted me vio esta mañana, hacia las once, aproximadamente.

—Sí, es cierto, pero yo me marché en seguida. La señora me dio permiso para el resto del día. Lo dijo delante de usted.

—También es cierto, pero, Vivian, la señorita que me acompaña y yo sospéchanos que ha podido ocurrirle algo grave. Por lo que más quiera, déjenos registrar la casa.

La doncella vaciló un instante y miró a los policías.

—Soy el inspector Carpenter —dijo el amigo de Britton—. Aunque no tengo autorización formal, le ruego atienda la petición de este caballero.

—Siendo así... —Vivian se encogió de hombros—. Obren como les parezca... y ojalá esto que está ocurriendo no me cueste el empleo.

—Gracias, Vivian —dijo Britton.

Y dio un paso hacia adelante, pero, de súbito, se detuvo en seco.

—Vivian —murmuró.

—Señor —contestó la doncella.

—Antes dijo que acababa de llegar y que iba a arreglar la casa.

—Es cierto, señor; pero ustedes aparecieron cuando apenas me había cambiado de ropa. No tuve tiempo para nada...

—Me lo explico —dijo Britton, a la vez que señalaba la mesita en la que se encontraba el teléfono.

Thara miró hacia allí y lanzó una exclamación.

¡El teléfono estaba fuera de su sitio y colgaba en el aire, pendiente del cable!

CAPITULO VII

—A Agnes le sucedió lo mismo que a Pamela —dijo Britton más tarde, de nuevo en su casa.

Thara estaba en la cocina, friendo unos huevos.

—Es decir, tú piensas que el monstruo llegó, la atacó y se la llevó —repuso.

—Sí, exactamente. El teléfono descolgado lo prueba. Recuerda, el ataque de la bestia se produjo cuando estábamos hablando y antes de que tuviese tiempo de responder a mi pregunta.

—Cierto —convino la muchacha. Llenó un plato y lo puso encima de la mesa—. Vamos, aliméntate, lo estás necesitando.

Britton agarró una silla.

—No tengo apetito —se lamentó.

—¿Acaso piensas en ese ser tan horrible? ¿Te da asco?

—Un poco, lo confieso. ¿Y a ti?

—Yo estoy acostumbrada. He visto muchas cosas durante mis trabajos.

Thara se sentó frente al joven. Mojó un trozo de pan en la yema de un huevo y se lo llevó a la boca, saboreándolo con gran placer. Britton quiso imitarla, pero se dio cuenta muy pronto de que el estómago le rechazaba todo alimento.

—No puedo —confesó desanimadamente—. Tomaré un trago...

—Nada de eso —contradijo ella—. Si no quieres comer, no tomes tampoco alcohol. Café o té, lo que prefieras, pero, insisto, nada de licor.

—Está bien, tirana —sonrió él—. Concentraré mis esfuerzos en el té... Oye, ¿verdad que tú y yo esperábamos encontrar un esqueleto?

—Sí, Marty.

—¿Y por qué no sucedió así? La cosa devoró a «Dick» y sólo dejó los huesos mondos, como sucedió con Fred Rogent.

—No acabo de encontrar una explicación —dijo Thara—. Sí, había pensado en ello, pero... Tú viste a Pamela instantes después de ser atacada por el monstruo.

—Bueno, lo que yo vi... en realidad, ya sólo quedaban los ojos y la boca... a menos que se trate de una alucinación.

—No, Pamela fue englobada por el monstruo, que la hizo pasar a formar parte de sí mismo. Y esto es lo que le ha sucedido a Agnes. Por eso no hemos encontrado su esqueleto.

—Es un enigma con muchas contradicciones. Rogent y «Dick» fueron devorados, salvo los huesos. Pero no ha sucedido así en el caso de las dos mujeres. ¿Cómo se explican acciones tan dispares?

—A mí me gustaría hallar la solución —respondió Thara—. Y sólo lo conseguiremos entrevistándonos con Stillis.

—Primero hemos de encontrarle —dijo él.

—Sí, es lo más difícil. Oye, se me ocurre una idea.

—Dime, Thara.

—Stillis tuvo que quedar muy desfigurado después del incendio. Sabemos que no quiso hacerse la cirugía estética. En alguna parte, me imagino, debe de haber un hombre con un rostro lleno de señales de quemaduras. Alguien lo habrá visto en alguna ocasión...

—Inglaterra es muy grande —observó Britton.

—Si pudiéramos echarle el guante a Mc Gerald. Sospecho que él sí conoce el paradero de Stillis.

—¿Le obligarías a hablar?

—¡Por supuesto! Dime, ¿qué objeto tiene la vigilancia que efectúa sobre ti? No sé lo que pensarás tú, pero a mí no me gusta en absoluto.

—No, tampoco a mí me gusta —admitió la muchacha—. Pero McGerald parece muy escurridizo y no tenemos la menor idea de dónde puede encontrarse Stillis.

—Sólo nos queda una solución —dijo Britton—. Hemos de volver a explorar los alrededores de tu casa, ampliando, si es preciso, el radio de acción. Antes recorrimos la comarca en un máximo de cinco o seis millas, tomando tu casa como centro. Doblaremos ahora ese radio. Stillis, lo presiento, no puede hallarse mucho más lejos.

—¿Cuándo empezaremos? —preguntó Thara.

—Mañana mismo, sin perder un solo segundo. Esta noche te quedarás aquí, supongo.

—¿Tienes habitación de huéspedes?

—Una, claro.

Thara terminó de cenar y se dispuso a fregar los platos. Britton se lo impidió.

—Déjalo, ya se encargará la asistenta que viene todas las mañanas. Como madrugaremos para marcharnos, le dejaré una nota.

—De acuerdo, Marty.

Ella le miró de pronto con cierta rara expresión.

—¿Qué te sucede? —preguntó él.

—Tú estás especializado en herencias difíciles.

—Sí, aunque también me ocupo de las fáciles —sonrió Britton—. ¿Tienes apuros de alguna clase?

—Mi tía, la que me dejó el dinero que me permite investigar por mi cuenta, dejó también una casa, pero parece que los títulos de propiedad son algo confusos. Además, ni siquiera sé dónde está. El abogado que se ocupó de los trámites dijo que ya me avisaría cuando todo estuviese solucionado, pero han pasado algunos meses y no tengo la menor noticia al respecto.

—Si te parece bien, empezaré cuando regresemos de esta expedición de «caza» —sonrió Britton.

—Los restantes documentos están en la casa de Greenville. Los cogeremos a la vuelta.

Poco más tarde se dispusieron a acostarse. Entonces Britton reparó en algo que le había pasado desapercibido hasta el momento.

—Thara, estoy pensando en Rogent. Por lo que sabemos, no tuvo ninguna relación con Stillis.

—Yo no puedo asegurar nada sobre el particular —contestó la muchacha —. No sé nada de ese pobre hombre...

—Lo averiguaremos a la vuelta, porque es un hecho que no tiene explicación y conviene que la encontremos —dijo Britton.

* * *

Tres días más tarde, después de visitar una casa solitaria, Britton detuvo el coche a un lado del camino.

—Empiezo a sentirme desanimado —confesó, mientras sacaba la pitillera.

—Tienes motivos para ello. Nadie ha visto a Stillis, nadie sabe nada de un hombre con la cara abrasada... ¡Parece como si se lo hubiese tragado la tierra! —exclamó Thara.

Britton le pasó un cigarrillo encendido.

—De todas formas, nos quedan varias casas por investigar. Y si no conseguimos nada, ampliaremos el radio de acción. Esa cosa no puede vivir lejos. Sus desplazamientos...

—Olvida que, al menos en dos ocasiones, ha ido a Londres, Marty —dijo ella—, Y estamos a casi cien millas de distancia.

—Es cierto —murmuró él apagadamente—. Si no encontramos a Stillis será preciso admitir que o se ha escondido muy bien o vive muy lejos de esta comarca.

Al cabo de unos momentos, reanudaron la marcha. El camino era angosto, flanqueado por árboles de copa muy frondosa y espesos arbustos, que limitaban enormemente la visión. Al cabo de unos momentos, sin embargo, salieron a terreno más despejado.

De pronto, divisaron un grupo de gente que observaba algo, en el centro de un extenso prado. Delante de ellos había tres o cuatro automóviles parados. Al otro lado del prado se veía un rebaño de ovejas.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Thara, muy intrigada.

Britton detuvo el coche. Dos hombres salían del prado en aquel instante.

—Nunca he visto una cosa igual —dijo uno de ellos.

—En esta época no hay lobos, pero aunque hubiese sido uno de esos bichos debe de tener unas costumbres muy extrañas. ¡Ha dejado el esqueleto completamente mondo!

Britton y Thara oyeron aquellas palabras y cambiaron una mirada en silencio. Luego, a una, sin necesidad de comunicárselo verbalmente, abrieron las portezuelas del coche y se dirigieron hacia el prado.

El grupo empezaba a disolverse y sus componentes se dirigían hacia la carretera. Britton divisó a los pocos momentos un blanco esqueleto que yacía

sobre la hierba.

—La bestia ha pasado por aquí —musitó.

Thara hizo un leve gesto de asentimiento. Al llegar al punto donde se hallaba el esqueleto, se detuvieron. Dos personas, un hombre y una mujer les miraron con curiosidad.

—Perdón —dijo el joven—. Soy Martin Britton y la señorita que me acompaña es la doctora Courtenay. ¿Pueden decirnos lo que ha pasado?

—Ya lo ven ustedes —contestó el hombre, de visible mal humor—. Un maldito lobo se ha comido una de mis mejores ovejas...

—Lear —dijo la mujer suavemente—, todavía no les has dicho quién eres.

—Disculpen. Soy Lear Husmond. Ella es mi esposa, Abbie.

—Encantado —sonrió Britton—. Me imagino que son propietarios del rebaño que veo al final del prado.

—Sí, en efecto. Tengo otro rebaño, pero está al lado opuesto... Nunca me había pasado nada semejante, señor Britton. En los inviernos, y no siempre, algunos lobos se muestran muy audaces, pero tengo una escopeta y dos buenos perros. Hoy, esta noche, mejor dicho, no sé qué demonios ha podido pasar...

Thara se acuclilló para examinar el esqueleto. Al cabo de unos momentos, levantó la vista y miró al joven.

—No hay duda, Marty —dijo—.. Le ha ocurrido lo mismo que a mi perro.

—¿Cómo? ¿También su perro fue devorado, doctora? —exclamó Abbie Husmond.

Thara se incorporó, limpiándose maquinalmente las rodilleras de sus pantalones.

—Sí. Por favor, cuéntenme. ¿Cómo sucedió la cosa?

—Bueno, verá —dijo Husmond—, yo estaba durmiendo en aquella cabaña... Tengo un pastor contratado, pero ha tenido que ir a visitar a su madre, que está muy enferma... En fin, no me quedó otro remedio que ocupar su puesto. Hacia la madrugada, pero antes de que saliera el sol, el perro empezó a ladrar muy fuerte. Primero se mostró muy furioso. Luego, en vez de ladridos, eran aullidos de pánico. Yo me levanté, agarré la escopeta... Había algo en el prado. Las ovejas estaban como locas. El perro se escondió entre mis piernas. Y cuando salí de la choza, la oveja había sido ya devorada.

—Lear, ¿no habrá algún circo por las inmediaciones? —Intervino la señora Husmond—. Puede que se les haya escapado una fiera...

—No, no hay un circo, que yo sepa. Fue un lobo... o una manada de lobos. Así se explica el miedo de mi perro —contestó el dueño del rebaño.

—Una pregunta, señor Husmond —dijo la muchacha—. Dando por sentado que hayan sido unos lobos, ¿no tiene usted la menor idea de dónde pudieron venir?

—La comarca es bastante llana y los lobos suelen vivir en las montañas, cada vez más arriba, a medida que avanza el buen tiempo —intervino Britton.

—Nunca podré jurar que fueron unos lobos, pero sea lo que sea, tuvo que

venir de allí —respondió Husmond, señalando con la mano un punto determinado—. Cuando se hubieron comido a la oveja, el perro volvió a salir y estuvo ladrando largo rato en aquella dirección, sin atreverse a seguir a las fieras. Y me alegro, porque es un perro magnífico y ya que he perdido una oveja, no me gustaría perderlo a él también...

Pero ni Britton ni la muchacha hacían ya caso de las prolijas explicaciones de Husmond. Los dos tenían la vista fija en la casa que se veía en el fondo de un pequeño valle, a menos de una milla de distancia.

Y ambos pensaban lo mismo: habían encontrado el escondite del doctor Stillis.

Al cabo de unos instantes, Britton se volvió hacia el dueño de las ovejas.

—Señor Husmond, ha sido usted muy amable y le damos las gracias —dijo.

—He tenido un gran placer en conocerles —manifestó Thara.

—Lamento lo ocurrido —añadió el joven—. Tengo la seguridad de que sus ovejas ya' no volverán a ser atacadas.

—Oigan, ¿son ustedes de algún organismo oficial? Porque me gustaría comunicarlo a las autoridades...

—Nosotros nos ocuparemos de ello —dijo Britton rápidamente—. ¿Vamos, Thara?

Regresaron al coche. Con la mano en la llave de contacto, Britton miró fijamente a la muchacha.

—Stillis está allí, ya no cabe la menor duda. La bestia se le escapó, seguramente hambrienta, y se zampó lindamente una oveja.

—Eso tuvo que ocurrir —convino Thara."

—¿Te atreverías a enfrentarte con él?

Thara inspiró profundamente.

—Es preciso, Marty —respondió.

Britton hizo arrancar el motor.

—Entonces, no se hable más —exclamó, a la vez que pisaba el acelerador.

Un poco más adelante encontraron un camino que se desviaba hacia la derecha, adentrándose en suave pendiente hacia el fondo del valle. Minutos más tarde, encontraban un poste indicador:

A SHARLMORE HOUSE, 200 m.

—Ese nombre me recuerda algo —dijo Britton.

—A mí también me suena, pero ahora no consigo recordar...

Continuaron la marcha. Un minuto más tarde, Britton detenía el automóvil frente a un caserón de grandes dimensiones y aspecto más bien lóbrego. El jardín que lo rodeaba estaba bastante descuidado y la maleza abundaba por todas partes. Había una gran fuente de piedra, con surtidor, pero el agua no salía por los orificios y la taza, de enormes dimensiones, estaba llena de hojas secas.

Repentinamente, se abrió la puerta y un hombre apareció a la vista de los dos jóvenes. Britton lanzó una exclamación de asombro:

—¡Vince Kettoe!

CAPITULO VIII

Kettoe vestía con aparente descuido, pero elegantemente. Sonriendo, avanzó hacia la pareja.

—¡Qué placer tan inesperado! —exclamó—. No saben la alegría que me dan al verles por mi casa... Entren, entren, por favor...

Kettoe estrechó sucesivamente las manos de Britton y Thara, quienes, asombrados, no acertaban a reaccionar del todo.

—En estos tiempos estoy sin servicio y tengo que hacérmelo yo todo —explicó Kettoe, una vez en el interior de la casa—. Bueno, viene una mujer todos los días, para las faenas más imprescindibles... ¿Quieren tomar una copa conmigo?

La casa aparecía casi tan descuidada como el jardín. Kettoe les condujo hasta una especie de salón, cuyos muebles se caían de puro viejos. Britton se preguntó cómo un individuo de modales tan refinados y de aspecto tan atractivo, podía vivir en aquel edificio, que parecía iba a desmoronarse de un momento a otro.

Kettoe llenó dos copas.

—Sin duda se preguntarán cómo vivo aquí —dijo—. La respuesta es bien sencilla. Estoy esperando a que el arquitecto me presente el proyecto de restauración. Cuando lo haya examinado, contrataré los trabajadores y convertiré Sharlmore House en una mansión digna de ser habitada... y de recibir huéspedes agradables.

—Quedará bien, en efecto —convino Britton cortésmente—, Señor Kettoe, ¿está enterado de la desaparición de Agnes Simpson?

—Sí, claro. Pobre Agnes... Siempre me pareció una mujer algo desequilibrada. Muy guapa, pero con el cerebro un tanto «tocado». Imagino que se habrá marchado a alguna parte...

—Usted estuvo con ella el día que desapareció.

—No tengo por qué negarlo. Es más, la policía me interrogó al respecto.

—Ah, no lo sabía.

—Así fue, pero no tengo nada que ocultar. A ustedes les diré lo mismo que les dije a los policías que vinieron a visitarme en mi casa de Londres. Agnes y yo discutimos... En realidad, lo que hicimos fue cortar nuestras relaciones. Voy a serles sincero. Era una mujer muy cargante, demasiado absorbente, terriblemente posesiva. No me hubiera importado casarme con ella, pero la perspectiva de vivir con una pierna atada a la cama, no era cosa que me agradase demasiado.

—Y ella, decepcionada, se marchó de Londres, sin dejar su dirección.

Kettoe se encogió de hombros.

—Eso supongo. Yo me marché de su casa hacia las cinco de la tarde. Ya no he vuelto a verla —respondió.

—Estará viajando por Europa —intervino Thara.

—Sí, lo más seguro. ¿Otra copa?

—No, muchas gracias.

La puerta del salón se abrió de pronto y una mujer apareció en el umbral.

—Vince, tengo que marcharme —anunció—. Oh, no sabía que tuvieras visita...

Britton volvió la cabeza. Asombrado, reconoció a Vivian, la doncella de Agnes Simpson.

Kettoe sonrió.

—Vivian encontró mi pitillera en casa de Agnes —explicó—. Me llamó por teléfono y yo le rogué que viniera a traérmela, ya que no podía desplazarme en estos momentos a Londres.

Vivian esbozó una sonrisa de circunstancias. Era una mujer de unos treinta y tantos años, algo basta, pero guapa y de carnes abundantes. No se le podía negar un notable atractivo sensual.

—El taxi ha llegado ya —dijo la sirvienta—. Adiós, Vince.

—Te acompañaré, Vivian. Dispensen, amigos.

Kettoe abandonó el salón. Tara sonrió maliciosamente.

—Conque a traer una pitillera —dijo.

—Debe de ser muy valiosa —apuntó Britton—. ¿Te imaginas cómo la ha recompensado Kettoe?

—No quiero ponerme colorada —respondió ella.

Kettoe volvió a los pocos instantes, haciendo saltar algo en la palma de su mano.

—Era de mi padre —dijo—. Es de plata y tiene las iniciales en rubíes, casualmente, las mismas que las mías. No es el valor crematístico, sino el recuerdo de familia lo que realmente me importaba.

—Comprendo —dijo Britton.

—Señor Kettoe —exclamó Thara—, por favor, quiero hacerle una pregunta.

—Con mucho gusto, señorita Courtenay. ¿De qué se trata?

—El señor Britton y yo estamos buscando a un antiguo conocido mío, el doctor Stillis, para quien trabajé como colaboradora hace algunos años. Sufrió un terrible accidente y, suponemos, le quedó la cara marcada por las quemaduras del fuego que estuvo a punto de matarlo. ¿Tiene alguna noticia de él?

—¡Pero, señorita, yo no le conozco! —exclamó Kettoe, muy asombrado.

—Ella quiso decirle si sabe usted algo de él, es decir, si vive en las inmediaciones de Sharlmore House —aclaró el joven.

Kettoe hizo un gesto vigoroso.

—No, en absoluto. Es la primera vez que oigo hablar de ese individuo —respondió tajantemente.

Britton agarró el brazo de la muchacha.

—Thara, tenemos que irnos —dijo—. Señor Kettoe, ha sido un placer volver a verle. Gracias por su hospitalidad.

—Vuelvan siempre que gusten —contestó Kettoe, rebosante de amabilidad.

Britton y la muchacha guardaron silencio hasta hallarse a buena distancia de la casa.

—¿Qué opinas? —preguntó Thara al cabo.

—Kettoe no puede ser Stillis —dijo él.

—No, no puede ser. Y, sin embargo...

—¿Qué, Thara?

Ella se retrepó en el asiento.

—Una o dos veces me pareció ver en él algo familiar, gestos, ademanes... muy parecidos a los de Stillis. La voz, sin embargo, no es la suya. Y no se le ve encorvado...; bueno, no exactamente, sino algo cargado de hombros, como era Stillis.

—Sharlmore House podría ser un buen escondite, ¿no te parece? El perro de Husmond ladró insistentemente en esta dirección y, si de algo puede uno fiarse, es del instinto de los animales.

—Cierto..., a menos que Kettoe si sepa dónde está Stillis. Aún más, Marty: lo esconde.

—¿Por qué? No será por dinero. Stillis quedó completamente arruinado. Pero se me ha ocurrido una idea, Thara.

—Habla, Marty.

—¿Y si Kettoe fuese Stillis y, para ocultar las cicatrices de su rostro se hubiese fabricado una máscara?

—Ya había pensado en ello, pero no hay tal máscara. Le miré con mucha atención, tratando de descubrir la línea de empalme entre la máscara y la piel auténtica. Además, tendría cicatrices en las manos y, también me fijé en ello, la epidermis está completamente sana, incluso con vello en el dorso. Eso no se falsifica tan fácilmente, ni aun contando con su enorme habilidad.

—En resumen, sospechamos que Kettoe conoce el escondite de Stillis, pero no tenemos la menor prueba.

—Salvo los ladridos del perro de Husmond.

—Sí, aunque no es suficiente. Más allá de Sharlmore House y casi en línea recta, hay una granja, algunas casas más...

—En resumen, no hemos conseguido nada.

—Sí, una pista y, aunque debilísima, pienso seguirla.

—¿Cómo, Marty?

—Vigilando Sharlmore House, pero otro día, cuando Kettoe sepa que estamos en Londres y no recele que pueda volver por aquí.

Thara asintió.

—Es lo único que podemos hacer —admitió.

* * *

Britton decidió que no podía permanecer inactivo, mientras dejaba pasar

una semana antes de volver a Sharlmore House, y pensó que algo podría conseguir si encontraba a Vivian, la doncella de Agnes. Dos días más tarde, llamaba a la puerta del apartamento al que Vivian se había mudado, tras la desaparición de la señora Simpson.

Vivian sonrió a! verle.

—¿Cómo está, señor Britton? —saludó.

—Puede llamarme Marty —dijo él—. ¿Le importa que pase?

—En absoluto. ¿Puedo servirle en algo?

Britton estudió a la doncella. Sí, tenía muchos atractivos y no parecía demasiado remilgada.

—Dígame, Vivian, ¿qué piensa hacer ahora? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy esperando una llamada de la oficina de colocación —contestó—. La señora Simpson se marchó... ¿O cree que le pasó algo malo, Marty?

—No; se marchó, herida por el desvío del señor Kettoe.

Vivian soltó una risita.

—Es un hombre muy... agradable —dijo.

—Sí, tiene un aspecto sumamente atractivo. Para las mujeres, claro.

—No le quepa la menor duda. ¿Quiere una taza de té?

—Gracias, no me apetece ahora, Vivian. Dígame una cosa, ¿cómo era la pitillera que el señor Kettoe olvidó en casa de la señora Simpson?

—De plata, muy pesada, con sus iniciales en rubíes: V. K. Bueno, dijo que eran iniciales de su padre... —Vivian se encogió de hombros—. No tengo por qué dudar de su palabra. Y me dio veinticinco libras de gratificación.

—¿Sólo eso?

Vivian soltó una risita.

—No sea indiscreto, Marty. Hay cosas que no le deben preguntar a una mujer.

Britton suspiró.

—Kettoe es un hombre afortunado —comentó.

Ella se atusó el pelo con una mano, a la vez que ponía la otra en la cadera, adoptando así una actitud claramente provocativa.

—Las cosas vinieron rodadas —dijo.

—Sin necesidad de que él se esforzase para nada.

—¿Tenía que hacer algún esfuerzo?

—Según se mire... Voy a ver si le imito.

Britton puso las manos en los costados de Vivian. Ella tenía la boca entreabierta y sacaba mucho el pecho opulento.

—Primero hizo así, como tú —dijo.

—¿Y luego?

—Adivínalo.

Era una mujer de un terrible atractivo sensual. Britton buscó sus labios. Ella no hizo el menor gesto de resistencia.

Britton la acarició, recorriendo todo su cuerpo con las manos. Vivian

empezó a gemir.

—Es preciso acabar —suspiró ardientemente.

—Dirás mejor empezar —corrigió él, mordisqueándola en el cuello.

—Lo que sea... pero ¡pronto! ¡Pronto, Marty!

Era una llamada que encerraba una gran urgencia. Britton la atendió con sus mejores esfuerzos.

Mucho más tarde, Britton rodó a un lado y quedó boca arriba en la cama. Vivian se recostó sobre él y lanzó una risita.

—¿Satisfecho?

—Ya no tengo que envidiar a Kettoe —respondió el joven.

—Ni yo a la chica que te acompañaba las dos veces que nos hemos visto.

—Oh, no hay nada entre ella y yo. Sólo somos buenos amigos.

—Pues no sabe lo que se pierde esa jovencita —dijo Vivian burlonamente —. Aunque, a decir verdad, es un poco escuálida.

—Las chicas de hoy día, ya sabes, prefieren morir de hambre antes que soportar un par de kilos de más. Oye, Vivian, quiero hacerte una pregunta.

—Sí, encanto.

—Pasaste la noche en Sharlmore House.

—A estas horas no hay por qué negarlo, Marty.

—Sería una noche muy movida, me imagino —rió Britton—. Dime, ¿está solo Kettoe en el caserón?

—No. Había con él un sujeto... Dijo que era un antiguo criado de su padre... ¿Por qué lo preguntas?

—¿Te dijo el nombre?

—Sí. Jerry.

—¿Jerry o Gerry? —inquirió Britton, pensando en que Gerry podía ser empleado como diminutivo de Gerald.

—No, no, Jerry, estoy segura.

—¿Y el apellido?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, ni me preocupé. Pero ¿qué te pasa con ese fulano? Es el hombre más desagradable que me he echado a la cara en los días de mi vida. Kettoe podrá apreciarle, pero yo, cada vez que lo veía, me parecía que me pegaban una patada en el estómago.

—¿Tan antipático resulta?

—A decir verdad, no cambié con él más que unas cuantas frases de cortesía. Pero una vez en que me había quedado sola, le oí discutir mucho con Kettoe. Gritaban como locos. Jerry dijo que yo era un peligro u Kettoe lo envió a la... Bueno, imagínatelo.

Britton se tapó la nariz con la mano.

—Imaginado —dijo con voz gangosa— Oye, ¿qué aspecto tenía?

—Bajo, fornido, pero no rechoncho... Casi perece un gorila...

Britton oyó aquellas palabras y ya no tuvo duda alguna de que habían localizado a Stillis.

«Es McGerald», pensó, porque Thara le había dado la descripción del ayudante y coincidía exactamente con la que Vivian le había realizado.

Ella le abrazó, súbitamente apasionada.

—Pero tú no tienes nada de gorila —dijo con ardoroso acento.

CAPITULO IX

Britton regresó a su casa, sumamente satisfecho del encuentro con Vivian. Ahora ya no tendría que perder el tiempo vigilando Sharlmore House. Stillis vivía en aquella casa.

¿Ocultaba Kettoe a Stillis?

Era lo más probable. El aspecto del científico, después de sufrir horribles quemaduras, no podía resultar demasiado agradable. Parecía lógico que Stillis quisiera ocultar su desgracia al mundo exterior.

¿Obtendría Kettoe algún beneficio?

Sí, seguro. Kettoe era muy agradable, pero Britton tuvo la impresión de que no actuaba por motivos estrictamente filantrópicos.

¿Acaso pensaba conseguir algún beneficio escondiendo a Stillis en Sharlmore House?

El timbre del teléfono interrumpió súbitamente sus especulaciones. Levantó el aparato, esperando oír la voz de Thara, que se había quedado en su casa de Greenville, pero se llevó una gran decepción al darse cuenta de que se trataba de un hombre.

—¿Britton?

—Sí. ¿Quién...?

—Farhott. Tarroy dijo que le llamase... Oiga... «está aquí...»

—¿Cómo?

—La cosa. Ese monstruo... Está en mi casa... Lo estoy viendo... Se me acerca... Quiere atraparme...

—¡Farhott! —Gritó el joven—. Encienda fuego, queme algún periódico y arrójeselo... Es lo único que puede detenerlo. ¡No pierda tiempo! ¡Fuego, fuego!

—Sí, sí... —jadeó Farhott. De pronto, lanzó un chillido agudísimo—, ¡Oh, Dios, se me echa encima!

—Saque el encendedor, pronto...

La voz de Farhott se apagó súbitamente. Britton volvió el teléfono a la horquilla.

Llegaría tarde, calculó. Pero no podía menos que ir a casa de Farhott. Tenía que averiguar lo ocurrido con toda exactitud.

Treinta minutos después, llamaba a la puerta de Farhott. No obtuvo respuesta.

Abrió de golpe. La casa estaba desierta.

Y, como en la ocasión anterior, el teléfono colgaba del hilo, fuera de la horquilla.

Britton dio unos pasos en el interior. El silencio era absoluto.

De pronto, le pareció ver algo en el suelo. Se inclinó, buscando un mejor ángulo de visión. Sí, había algo que brillaba muy ligeramente, de una forma especial, semejante al rastro de un caracol. Según la inclinación que adoptaba,

podía dejar ver el rastro, en el que, en algunos puntos, se captaban matices irisados.

El rastro, sorprendentemente, se alejaba hacia el interior de la casa. Britton lo siguió muy lentamente, hasta llegar al cuarto de baño. Una vez allí, vio que la marca brillante terminaba al pie del inodoro.

Frunció el ceño. No sabía cómo había llegado el monstruo a la casa, pero sí podía afirmar que había utilizado la cloaca como vía de retirada.

Abrumado, sumido en un profundo horror, abandonó el baño. ¿Quién creería su historia, sobre todo, después de lo ocurrido en casa de Agnes?

Pero al menos, se dijo, tenía una pista.

Había localizado a Stillis.

El único problema estribaba en desenmascararle y obligarle a hablar, para que declarase la forma en que había cometido sus abominables crímenes.

Regresó a la sala y puso el teléfono en su sitio. Era inútil, se dijo, comunicar lo sucedido a su amigo Carpenter.

De pronto, vio algo que llamó poderosamente su atención.

Estaba encima de una consola, en un lugar escasamente iluminado, por lo que antes le había pasado desapercibido. Con ojos incrédulos, contempló la pitillera de plata, en la que podían apreciarse sin dificultad las iniciales V. K., en diminutos rubíes.

Ya no le cabía la menor duda de que Kettoe tenía parte en aquellos horribles sucesos. Indudablemente, era cómplice de Stillis. Pero ¿cuál era su papel en aquel asunto?

Kettoe era un hombre de agradable presencia, fácil de hacerse notar, pero también capaz de pasar desapercibido, si era necesario. En cambio, Stillis, con el rostro horriblemente quemado, llamaría la atención en cualquier sitio donde fuese visto. La evidencia resultaba patente: Kettoe era el instrumento del que se servía Stillis para su venganza.

¿Por dinero?

Después de haber visto el caserón en tan malas condiciones, ya no podía dudar sobre los motivos de Kettoe.

Cogió la pitillera y la abrió. Su asombro fue grande al ver que no había ningún cigarrillo en su interior.

Además, los bordes estaban protegidos por unos delgadísimos burletes de goma que aseguraban su perfecta estanqueidad. Pero eso no tenía sentido en un objeto destinado a contener los cigarrillos.

Tampoco se veían las clásicas gomitas en el interior de cada una de las dos mitades, que debían sujetar los pitillos. En aquel momento, empezó a sospechar que el objeto de la pitillera era muy distinto del que su fabricante le había asignado en un principio.

Repentinamente, adquirió la convicción de que no estaba solo en la casa.

Un helado escalofrío recorrió su espina dorsal. ¿Iba a ser atacado por el monstruo?

Trató de conservar la serenidad, a pesar del pánico que sentía. Dejó la

pitillera sobre la consola y cogió un periódico que había en el revistero situado debajo. Al mismo tiempo, metía la mano en el bolsillo para sacar el encendedor.

El fuego era el único medio de combatir a la bestia.

Entonces, algo explotó en el interior de su cráneo. Sintió un dolor lacerante, vio miles de fogonazos multicolores delante de sus ojos y luego perdió el conocimiento.

* * *

—Tengo noticias para ti —dijo Britton, a la mañana siguiente, sentado en el diván, con una bolsa de hielo aplicada al lugar donde había recibido el golpe.

—Serán interesantes —supuso Thara, hablándole desde su casa de Greenville.

—Interesantes y aterradoras —contestó él—. Primero, el monstruo ha atacado de nuevo.

—¡No!

—La víctima se llama Farhott. Me pidió ayuda por teléfono, como hizo Agnes Simpson. Le aconsejé encendiese fuego con algo, pero, por lo visto, no tuvo tiempo.

—Y el monstruo... lo englobó y se lo llevó...

—Así fue, Thara.

—¿No lo vio nadie?

—No lo creo. Escapó por el sumidero.

—¡Marty! ¿Qué estás diciendo?

—Como lo oyes. Vi un rastro que brillaba un poco, semejante al que deja un caracol al arrastrarse por el suelo. La otra vez no me fijé, tal vez porque las condiciones de luz eran distintas, pero anoche, sí, lo vi perfectamente.

—Y ese rastro, acababa...

—En el inodoro del baño.

—¡Dios mío! —Gimió la muchacha—. Esto es horrible.

—Ese monstruo tiene inteligencia, pese a su carencia de forma. Sabe a quién ha de atacar, cómo ha de hacerlo y conoce la manera de emprender la retirada.

—Pero... a través de la cloaca... Un agujero tan angosto...

—Ya vimos una vez que se puede adelgazar lo suficiente para poder pasar sin dificultad. De todos modos, no importa ya demasiado, Thara.

—¿Qué quieres decir, Marty?

—Sé dónde está Stillis. Sé también que Kettoe tiene algo que ver con el asunto. Es más, sé también que Gerald McGerald está en Sharlmore House.

—¡Marty! ¿Quién te ha dicho tantas cosas? —gritó la muchacha.

—En lo referente a McGerald, fue Vivian. Ayer por la tarde estuve hablando con ella. Conseguí sonsacarle algunas cosas importantes. Ella pasó

la noche con Kettoe. McGerald se lo echó en cara. Dijo que Vivian era un peligro. Los dos discutieron con gran violencia.

—Entonces, deduces que si McGerald está allí, también Stillis debe de hallarse en Sharlmore House.

—Exactamente.

—Y, dime, ¿de dónde sacas la complicidad de Kettoe?

—Primero, por la discusión que tuvo con McGerald. Segundo, porque anoche, en casa de Farhott, encontré su pitillera.

—Marty, Marty, a mí me va a dar algo... —se lamentó Thara.

Britton hizo un esfuerzo por no echarse a reír, pese a lo dramático de la situación.

—Sí, encontré su pitillera, pero no creo que la use para guardar los cigarrillos.

—Oye, ¿por qué no vienes a mi casa y continuamos discutiendo el asunto? Además, tengo que comunicarte algo importante.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Es la mayor sorpresa que he recibido en los días de mi vida. ¿Recuerdas la casa que heredé y que estaba en litigio?

—Desde luego.

—No hay tal litigio, sino una confusión de documentos. La casa me pertenece y, ¡agárrate!, es Sharlmore House.

Britton se quedó sin aliento.

—Sí, es una buena noticia —comentó apagadamente.

—¿Vendrás? —dijo ella, ansiosa—. Trae la pitillera... —Lo siento, no puedo. Alguien me atacó, golpeándome duro, y me dejó sin sentido.

* * *

Cuando estaba a unas diez millas de la casa de Thara, Britton empezó a sospechar que alguien le seguía.

Hasta aquel momento, el viaje se había desarrollado con toda placidez. Pero al tomar la carretera secundaria que conducía a Greenville, vio otro coche que rodaba detrás del suyo, a unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

Todavía había bastante tráfico. Un poco más adelante, se desvió por otra carretera que se dirigía al Oeste.

El coche sospechoso tomó también la misma ruta.

Britton decidió hacer una prueba y aceleró. El otro conductor se quedó rezagado unos instantes, pero no tardó en recobrar el terreno perdido. Britton empezó a sentirse sumamente aprensivo.

De repente, la carretera se hizo recta, sin la menor alteración en cosa de media milla. Britton miró a través del retrovisor y vio que el otro coche aceleraba al máximo, haciendo señales para adelantar.

Tal vez eran aprensiones suyas, pensó. Se desvió un poco a la derecha y

redujo la velocidad. El otro automóvil se le aproximó con un estruendoso rugido del motor acelerado a! máximo.

Instintivamente, Britton miró hacia su izquierda en el momento en que iba a producirse el adelantamiento. Entonces, terriblemente sobresaltado, vio que el otro conductor le apuntaba con una pistola.

Se agachó. El bramido del motor no acalló por completo el estampido de la pistola. Pero el atacante rodaba ya a demasiada velocidad y no tuvo tiempo de repetir el disparo.

Britton se incorporó, maldiciendo entre dientes, a la vez que frenaba, dispuesto a parar el coche y abandonarlo, para perderse por los campos vecinos, si el sujeto intentaba perseguirle. Pero no tuvo ocasión de poner en práctica su idea.

En aquel lugar, la carretera tenía un trazado recto, pero ascendente. El cambio de nivel estaba a menos de cien metros.

Súbitamente, un camión pesado apareció en el punto más alto del cambio de rasante. El otro conductor, lanzado a más de ciento veinte kilómetros por hora, intentó desesperadamente evitar la colisión.

Casi lo consiguió, al golpear violentamente el volante hacia la izquierda. En aquel momento, el morro del camión alcanzó al coche en el costado derecho, un poco hacia atrás.

El automóvil salió despedido con indescriptible violencia, dando tremendas vueltas sobre sí mismo. Destrozó un arbolito, atravesó como un obús un espeso grupo de matorrales, y continuó su frenética carrera hacia la destrucción, volteando por encima de un prado, hasta chocar con el techo contra un grueso olmo.

Se oyó un tremendo estallido. El tanque de gasolina se incendió y explotó fragorosamente. Britton, ya detenido, contempló boquiabierto la catástrofe.

El camión se había detenido y sus dos ocupantes, un hombre y una mujer se apearon en el acto. El hombre corrió hacia Britton. Estaba como enloquecido.

—Usted lo ha visto... Ese individuo corría brutalmente... Fue culpa suya...

Britton asintió.

—No se preocupe, amigo —mientras contemplaba las llamas que devoraban al coche y a su conductor—. Así lo declararé cuando llegue la policía.

De repente, se oyeron unos estampidos. El camionero y su mujer retrocedieron asustados.

—Parecen cartuchos —dijo el hombre.

—Sí, lo parecen —contestó Britton.

Miró hacia su automóvil. El cristal de la derecha, que estaba bajado en el momento del ataque, había permitido el paso de la bala, sin el menor obstáculo. Pero el agujero estrellado del proyectil se percibía claramente en el cristal del lado opuesto.

Discretamente, bajó el cristal. No sentía el menor deseo de contestar a las

preguntas comprometedoras que, seguramente, le harían los policías si llegaban a divisar el orificio de la bala.

Se preguntó qué haría Stillis cuando supiese que Gerald McGerald había muerto. Habría tiempo más que sobrado para conocer sus pensamientos al respecto, se dijo.

CAPITULO X

Thara, muy pálida, salió a la puerta de su casa y tendió las dos manos al joven.

—Has tardado mucho —dijo.

—Tienes razón para lamentarte. Thara.

—No me lamento. Estás aquí y eso es lo que importa, pero me sentía muy nerviosa.

Britton sonrió.

—Gracias —dijo—, ¿Tienes algo caliente?

—La cena estará preparada dentro de diez minutos —anunció ella.

—De momento, dame un buen trago. Lo necesito.

—Sí, Marty.

Thara llenó un vaso y se lo entregó al joven.

—Ha ocurrido algo grave —adivinó.

—Es cierto. McGerald quiso matarme.

Ella se puso una mano en el pecho.

—¿Hablas en serio, Marty?

Britton tomó un largo trago.

—Luego te enseñaré un precioso agujero de bala que tengo en el cristal izquierdo de! coche —dijo.

—Entonces... disparó contra ti.

—Empecé a notar que me seguía mucho antes. No obstante —explicó Britton—, hubo un momento en que pensé se trataba de una simple coincidencia. Otro que viajaba en mi misma dirección, ¿comprendes? Pero al adelantarme, volví la cabeza un instante y entonces vi que me apuntaba con una pistola. Apenas tuve tiempo de agacharme.

—Lo celebro infinito —dijo ella, muy aliviada—. McGerald, supongo, escaparía inmediatamente.

—Quiso hacerlo, pero chocó contra un camión que venía en dirección opuesta. Por eso he tardado tanto; he debido esperar a la policía de tráfico, para declarar sobre el accidente.

—¿Qué le ha pasado a McGerald?

—Si no se mató en el acto, murió después abrasado. Su coche se incendió.

Britton apuró el vaso y sonrió.

—Llevamos una temporada muy movida —añadió.

—Cuando todo esto termine, tendré que hacer una cura de nervios —dijo Thara con un suspiro—. Voy a poner la mesa, Marty —anunció.

—Te ayudaré —se ofreció el joven.

La sopa estaba muy buena.

—Eres una gran cocinera —sonrió Britton.

—Como biólogo, sé hacer malabarismos con las sustancias orgánicas —respondió ella alegremente—. Pero no tengas cuidado, no hay ningún

potingue extraño en la sopa. Es de rabo de buey y no de lata precisamente.

—Eso me hace sentirme un poco mejor. —Britton apoyó los codos sobre la mesa—. Thara, ¿qué planes tienes con respecto a Sharlmore House?

—Mañana vendrá mi abogado. Viajaremos juntos para inspeccionar la casa. A pesar de lo que Kettoe pudiera decir, me pertenece... Y como la tomó en alquiler, cancelaré el contrato de inmediato, aunque tenga que pagarle daños y perjuicios. Y no admitiré que me la compre.

Britton levantó rápidamente una mano.

—No lo aceptes —aconsejó—. Al menos, por ahora. Si piensas viajar con tu abogado, hazlo. Explora la casa, procura encontrar el lugar donde Stillis tiene su laboratorio. Trata de sonsacar a Kettoe. Y no le menciones para nada el accidente de McGerald.

—Marty, ¿crees que es una forma acertada de obrar? —consultó ella.

—No se me ocurre una idea mejor y, por otra parte, el pretexto, además de justificado, es magnífico.

—Sí, aunque no puedo dejar de sentirme muy aprensiva —confesó Thara.

—Lo encuentro completamente lógico, pero debes procurar ser animosa. Compórtate con entera naturalidad; no des a entender lo que sabes. En cuanto a la cancelación del contrato de alquiler, muéstrate firme. Hazte aconsejar por tu abogado, pero, recuerda, en ese asunto, la decisión es tuya.

Thara entornó los ojos.

—Eso significa que al marcharse Kettoe, Stillis tendrá que salir de su agujero —dijo.

—Exactamente —corroboró el joven.

Al terminar la cena, Britton se entregó a una extraña labor. Thara le contempló con gran curiosidad.

—¿Qué haces, Marty?

—Prevenirme.

—¿Crees que...?

—Ya vino una vez.

—Sí, es cierto —convino ella.

—Tú representas un grave peligro para Stillis y quiere eliminarlo, con la ayuda, está claro, de Kettoe.

—Pero ¿por qué? No acabo de entenderlo, Marty —manifestó la muchacha —. Es cierto que conozco muchas de sus teorías, pero eso no es ningún delito... Delitos son los crímenes que ha cometido...

Britton continuaba impertérrito su trabajo.

—Los dos somos un peligro para él, yo por demasiado curioso, y tú, ahora lo he comprendido, porque eres la dueña de Sharlmore House y no quiere correr el riesgo de que lo arrojes de allí. Ha encontrado un magnífico escondite y quiere permanecer en él a toda costa.

Al acabar su tarea, miró sonriendo a la muchacha.

—Si viene, tendrá un recibimiento muy adecuado —añadió.

—Actúa en silencio —advirtió Thara.

—Pondremos timbres de alarma.
—¿Cómo, Marty?
—Lo verás muy pronto.
Britton dejó a un lado la enorme antorcha que había preparado, con una gran bola de borra, atada con alambre muy fino a un largo palo, y empapada de petróleo. Se puso en pie y empezó a colocar vasos y copas encima de una bandeja.
—Necesitaré también algunos libros —dijo.
Britton colocó el primer «timbre de alarma» frente a la puerta de entrada: un vaso de cristal, encima de un libro colocado de pie.
—No sé si el monstruo tiene ojos o ve por medio de algún procedimiento que no sé explicarme —dijo el joven, sin dejar de actuar—. Pero apenas traspase el umbral, tropezará con el libro y lo volcará. Él vaso se romperá...
—Sí, es una excelente idea —aprobó la muchacha.
Britton puso trampas análogas en todos los sitios donde había un hueco, incluyendo el baño. Cuando ya creía todo finalizado, reparó en la chimenea.
—También puede llegar por aquí y no precisamente como Santa Claus —exclamó.
El último sistema de alarma quedó instalado al final de la escalera y principio del corredor del primer piso. Con la antorcha en la mano, Britton miró sonriendo a la joven.
—Y ahora, a dormir a pierna suelta —dijo.
—Estoy muy nerviosa...
—Busca un libro y procura relajarte; es todo lo que debes hacer. No te preocupes, yo estoy aquí, Thara.
Ella se esforzó por sonreír.
—Lo sé. Puede que esté nerviosa..., pero me siento mucho más tranquila.
Britton le palmeó el hombro.
—Anda, a dormir y no te preocupes de nada más —aconsejó.

* * *

Había algo que Britton no acababa de entender y era la muerte de Fred Rogent, un hombre que no había tenido nada que ver con los conflictos de Stillis. ¿Conseguiría encontrar una explicación lógica de aquel suceso?
El sueño fue invadiendo lentamente sus párpados y acabó por dormirse. Estaba vestido, aunque descalzo, y con la antorcha al alcance de la mano.
De pronto, se despertó sobresaltado.
Escuchó atentamente. No se percibía el menor ruido. Todo parecía absolutamente tranquilo.
Consultó la hora. Tres y media de la madrugada. Hizo una mueca. «Sí que he dormido», comentó para sus adentros.
Alargó la mano, buscó el tabaco y se dispuso a encender un cigarrillo. Súbitamente, un vaso se rompió en la planta baja.

Inmediatamente, se puso en pie de un salto. Descalzo, agarró la antorcha y sacó el encendedor. Luego corrió hacia la puerta, que abrió sin ruido.

Corrió hacia el arranque de la escalera. Desde allí, merced a la única lámpara que había encendida, pudo divisar a su sabor al monstruo, una enorme masa gelatinosa, que se movía con gran lentitud, como si explorase un camino adecuado para seguir su penetración en la casa.

La bestia, lo había presenciado una vez, podía moverse muy rápidamente. Britton decidió no correr más riesgos.

La voz de Thara sonó de pronto a sus espaldas.

—¡Marty!

—¡Quieta! «¡Está ahí!»

Thara miró hacia abajo y lanzó un gemido de horror.

—Es inconcebible...

Britton encendió la antorcha. Una ráfaga de llamas brotó en el acto, con un rebufo apenas audible. Se cambió de mano el largo palo y emprendió el descenso.

Al mismo tiempo, la bestia se disponía a subir al primer piso. Ya había acomodado su cuerpo a los tres primeros escalones. Britton llegó a mitad de la escalera y la aguardó a pie firme.

El monstruo se detuvo. Rápidas ondulaciones recorrieron su cuerpo, partiendo del centro, como otras veces, hacia la periferia. Britton, con la antorcha en la mano, descendió dos escalones más.

Acercó el fuego a la bestia. Esta retrocedió vivamente.

—¡Huye! —gritó Thara.

—Lo sabía —dijo él, satisfecho.

Avanzó más y más, siempre con las llamas por delante. De pronto, el monstruo inició una rapidísima retirada.

Britton corrió tras él, pero no pudo alcanzarlo. Con indescriptible velocidad, la cosa adelgazó lo suficiente para pasar por debajo de la puerta, llegó al otro lado y desapareció en la noche.

El joven abrió y se precipitó fuera.

—¡Cuidado, Marty! —chilló Thara.

La luz de la antorcha era suficiente para ver a buena distancia. Britton no cometió la imprudencia de correr tras el monstruo, limitándose a vigilar su huida. Como había supuesto, el ser desapareció por el mismo sumidero que le había servido de vía de escape, después de matar a «Dick».

Regresó a la casa.

—No creo que vuelva —dijo.

Thara le miraba con los ojos muy abiertos.

—He pasado un rato angustioso —declaró.

—Es lógico. Perdona, pero voy a apagar la antorcha.

—¿Y si vuelve?

—Sabemos que es inteligente. Recordará la amenaza del fuego. Pero no por ello dejaremos de seguir prevenidos.

Britton miró al suelo, delante de la puerta. El libro, caído, y los vidrios rotos, indicaban el punto por donde el monstruo había accedido al interior de la casa.

—El timbre de alarma funcionó —dijo satisfecho.

* * *

Leves círculos violáceos en torno a los ojos de Thara indicaban los resultados de una noche no muy tranquila. La muchacha, sin embargo, se sentía mucho más animada con la llegada del nuevo día.

Britton, por su parte, estaba de un excelente humor. Había visto al monstruo, se había enfrentado con él y lo había derrotado. Tenía motivos más que suficientes para sentirse orgulloso.

Despachó el abundante desayuno con gran apetito. Al terminar, miró sonriendo a la muchacha.

—Cuando esto termine, te regalaré un cachorrillo, para que sustituyas a «Dick» —prometió.

—Será un placer —contestó ella.

—Thara, ¿tardará mucho tu abogado...?, ¿cómo dijiste que se llama?

—No te lo dije. El nombre es Lewis H. Knowles. Y no creo que tarde ya mucho; dijo estaría aquí sobre las nueve de la mañana y ya faltan pocos minutos.

—Muy bien. Entonces, escucha mis instrucciones. Actúa con normalidad, pero cancela el contrato de alquiler.

—Sí, Marty.

—No trates de sonsacar a Kettoe. En ningún momento, darás a entender que estás enterada de lo que sucede. Si te menciona a Stillis, haz grandes elogios de él. Procura lamentar su aislamiento, diciendo más o menos que el mundo pierde mucho con su retraimiento.

Ella sonrió.

—Quieres obtener algo por la vía del halago —adivinó.

—No conseguiríamos nada con amenazas —contestó él—. Y, si lo que sospechamos es cierto, Stillis estará escondido en alguna parte... oyendo nuestra conversación.

Thara sintió un escalofrío.

—¿Tú crees...?

Britton hizo un enérgico movimiento de cabeza.

—Tal como están las cosas, tengo la completa seguridad de que así es —afirmó—. Pero tú no debes dar muestras de intranquilidad en ningún momento. ¿Has comprendido?

—Sí, Marty. Sin embargo, no has dicho aún qué piensas hacer tú —dijo Thara.

—En cuanto llegue Knowles, yo me marcharé y me adelantaré, para llegar a Sharlmore House antes que vosotros. Mejor dicho, llegaré a las

inmediaciones, porque no pienso llamar a la puerta para entrar allí.

—Quieres sorprenderlos —adivinó ella.

—Más que sorprenderlos, cosa que conseguiré sin duda alguna, lo que quiero es encontrar el escondite del monstruo —respondió Britton firmemente.

En aquel momento, se oyó la bocina de un coche Thara corrió a la ventana y apartó los visillos.

—Ha llegado el señor Knowles —anunció.

Britton se pudo en pie.

—Bueno, entonces yo me marcho. Recuerda bien mis instrucciones.

—Descuida, Marty.

De pronto, Thara se acercó al joven y le besó en los labios, con gesto impulsivo.

—Procura no darme un disgusto, Marty —rogó.

Britton vio un extraño brillo en los ojos de la muchacha y sonrió.

—Lo evitaré con todas mis fuerzas —prometió.

CAPITULO XI

Mientras rodaba en dirección a Sharlmore House, Britton, enormemente satisfecho de los resultados obtenidos, y absolutamente optimista acerca de la solución del caso, silbaba una alegre cancioncilla. Sharlmore House estaba más Cerca de lo que aparentaba en los mapas, especialmente, si se conocían los atajos que se podían tomar, a fin de evitar rodeos dispendiosos en tiempo y gasolina.

Detrás de él, en el asiento posterior, sonó un leve chasquido.

Britton, entretenido en sus propios pensamientos, no prestó atención al ruidito.

En el asiento, la pitillera de plata, con las iniciales V. K. en rubíes, se abrió muy ligeramente. Algo parecido a una cinta gris salió a través de la ranura y, deslizándose silenciosamente por el tapizado, llegó al suelo del coche y empezó a trepar por el respaldo del asiento delantero.

Repentinamente, Britton dejó de silbar.

Presintió que no estaba solo. Era una extraña sensación, algo indefinible, una especie de angustia que había llegado súbitamente a su ánimo, sin poder explicar las causas.

Miró a través del retrovisor. En el asiento posterior no había nadie.

Refrenó la marcha un poco. Quería comprobar si sólo se trataba de aprensiones sin fundamento o realmente había algo o alguien con él en el coche.

Volvió la cabeza, estirando el cuello lo que pudo. Entonces, divisó la pitillera fatídica.

El gesto que realizó fue instintivo, pero enormemente rápido. Pisó el freno a fondo, cortó el contacto y, casi antes de que el coche se hubiera detenido, ya estaba fuera.

En aquel momento, la cinta de color gris, agitándose como una serpiente, llegaba al borde del asiento.

Britton sintió que la frente se le inundaba de sudor. Se había salvado por segundos.

La cosa, un fragmento del monstruo, ya no le cabía duda alguna, se detuvo, irresoluta, como desconcertada por no hallar la presa esperada. Britton miró a su alrededor.

En la cuneta abundaban las hierbas secas. Arrancó un puñado y sacó el encendedor.

La cinta continuó su camino. Descendió al asiento, bajó al suelo y salió del coche. Apenas estuvo a un par de palmos de distancia, Britton le arrojó encima el puñado de hierbas, que ya ardían en pompa.

Un espantoso hedor invadió la atmósfera. Britton creyó oír un silencioso grito de agonía, un horripilante gemido, que brotaba de lo más íntimo de aquel ser, sin vibraciones sonoras, pero perfectamente audible.

Algo se retorcía bajo las llamas. Britton contempló morbosamente fascinado los movimientos de la cosa bajo los hierbajos incendiados. Al cabo de unos minutos ya no había allí más que apestosas cenizas, en las que no se advertía el menor signo de vida.

Íntimamente, admiró la diabólica astucia de Stillis. Quizá el asalto del monstruo a la casa no había sido una especie de ataque de diversión, a fin de poder colocar la pitillera en el interior del coche, sin que su dueño advirtiera la maniobra.

Una cosa parecía segura: era posible desprender un fragmento del monstruo, guardarlo en la pitillera, dejar ésta en el lugar deseado para permitirle el ataque y, una vez transformada la víctima, emprender la retirada a su guarida.

Stillis se lo explicaría con más claridad, cuando le pusiera la vista encima, se propuso.

Pisoteó las últimas brasas, a fin de apagar totalmente el fuego. Luego regresó al coche y arrancó nuevamente en dirección a Sharlmore House.

* * *

El automóvil se detuvo frente a la casa y sus ocupantes se apearon cada uno por su lado. La puerta se abrió antes de que llamaran. Kettoe apareció, en el umbral, vivamente sor prendido por una visita que no esperaba.

—¡Señorita Courtenay! —exclamó.

—¿Cómo está? —Saludó la muchacha—. Señor Kettoe, le presento a mi abogado, Lewis H. Knowles. Los dos queremos hablar con usted, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, por supuesto. Encantado de conocerle, abogado.

—Digo lo mismo, señor Kettoe —habló Knowles, un individuo de unos cincuenta años, con la severa indumentaria propia de un hombre de leyes y portador de una gruesa cartera repleta de documentos—. Aunque no nos hemos conocido hasta ahora, usted y yo hemos tenido cierta relación, por medio de mi pasante principal, el señor Flaherty.

—Oh, sí, claro, Flaherty —dijo Kettoe—, Lo recuerdo perfectamente...; pero, pasen, pasen, se lo ruego.

Thara y el abogado entraron en la casa. Kettoe les condujo al salón, cuyo aspecto apenas si había mejorado desde la ocasión anterior, apreció la muchacha. Kettoe trajo botellas.

—Whisky para los caballeros, oporto para la dama —sonrió.

Thara no opuso objeción a que le llenaran su copa, aunque ahora decidió que no probaría una gota de licor, ahora que conocía la verdad. La sonrisa de Kettoe le parecía absolutamente falsa.

Desconfiaba de él por instinto. Sentada en una silla, se mantuvo rígida, tensa, con las manos sobre el regazo.

—¿Y bien? —Dijo Kettoe, después de servir las copas—. ¿Cuál es el

asunto, sin duda importante, que les ha traído hasta mi casa?

—«Mi» casa —puntualizó Thara vivamente.

Knowles levantó una mano.

—Thara, déjeme hablar —pidió.

Kettoe parecía muy sorprendido.

—¿La casa le pertenece a ella? —exclamó.

—Así es —confirmó el abogado—. Había un litigio, derivado de la confusión originada por unos documentos que no se encontraban, pero ya se ha resuelto satisfactoriamente a favor de la señorita.

—Yo pensé que la casa pertenecía a un tal Fred Rogent —dijo Kettoe.

Thara se sobresaltó al oír aquel nombre, aunque no hizo ningún comentario.

—Rogent se atribuyó una propiedad que no era suya y hasta firmó un contrato de alquiler de Sharlmore House, ilegal, por supuesto —explicó Knowles.

—Eso significa que debo entenderme con la señorita Courtenay —supuso Kettoe.

—No pienso prorrogar el contrato —terció la muchacha—. Deseo que abandone la casa a finales de mes, señor Kettoe.

—Le asisten todos los derechos legales —puntualizó el abogado.

Hubo un momento de silencio. Thara estudiaba temerosamente las reacciones de Kettoe, esperando el estallido de cólera de un momento a otro. Pero, sorprendentemente, Kettoe se echó a reír.

—Bueno, si la ley está a su lado, no tengo nada que oponer —respondió al cabo.

—Usted dijo que iba a restaurar la casa y no es cierto —observó la muchacha.

—He sufrido algunos contratiempos. Pero tenía la autorización de Rogent, aparte de que estuvimos en tratos para comprarle la propiedad. Lo que ocurre es que pretendía cobrarme un precio muy elevado, cosa con la que yo no estaba conforme.

—Pretendía estafarle, simplemente —dijo Knowles.

—Bien, al menos me he librado de una importante pérdida de dinero —sonrió Kettoe—. Supongo, señorita Courtenay, que será inútil rogarle una prórroga del contrato de alquiler.

—No deseo prorrogarlo —contestó Thara heladamente.

—¿Algún motivo particular? Si es que se puede saber, claro.

—Quiero reconstruir la casa a mi gusto. Algún día la habitaré. O la venderé, aún no lo sé. Pero, de momento, deseo que la desaloje.

Kettoe asintió.

—No me queda otro remedio —dijo. Agarró la botella de whisky—. Señor Knowles, ¿otro traguito? Sé aceptar la derrota con deportividad —añadió sonriendo.

—Se lo agradeceré —aceptó el abogado—. Es un whisky realmente bueno.

Thara se sentía muy sorprendida de la aparente mansedumbre de Kettoe. ¿Guardaba algún as en la manga?, se preguntó.

¿Y Marty? ¿Habría llegado ya a la casa?

Seguía sin confiar en Kettoe, Ahora, más que nunca, su sonrisa le parecía absolutamente falsa, llena de doblez, una expresión totalmente engañosa. ¿Cuáles eran sus propósitos?

Knowles estaba sentado en un viejo butacón. De pronto, dobló la cabeza sobre el pecho y el vaso casi vacío que tenía en su mano derecha escapó de sus dedos y cayó al suelo.

Thara se alarmó.

—¡Señor Knowles! —gritó.

—Es inútil que se moleste —dijo Kettoe fríamente—. Está narcotizado. Dormirá, al menos, doce horas.

Ella volvió la vista hacia la mesa y vio la copa intacta de Kettoe. Entonces supo la verdad y empezó a sentir miedo.

Ahora Kettoe sonreía como un demonio.

Thara empezaba a sentir miedo. Antes de que pudiera decir nada, Kettoe se arrojó sobre ella y, con unos cordones que no podía saber de dónde había conseguido, la ató fuertemente a la silla. Ligó también sus muñecas y luego se encaminó hacia la puerta.

—Sé por qué estás aquí —dijo, tuteándola de repente—. Es una lástima que te hayas situado en el bando opuesto. Pero, como suele decirse, tú te lo has buscado.

Hizo una pausa y añadió, sin dejar de sonreír perversamente:

—Pero no te preocupes: Stillis está aquí y ahora vendrá, para explicártelo todo con la mayor claridad —meneó la cabeza—. Lo malo para ti, claro, es que no podrás repetirlo a nadie.

Kettoe desapareció de su vista y Thara quedó sola, entregada por completo al horror infinito de una situación cuyo desenlace no podía imaginar siquiera.

Y lo peor de todo era que no tenía la menor idea de dónde podía encontrarse Britton.

—Marty, Marty, ¿dónde estás? —gimió afligidamente.

* * *

La puerta del salón se había cerrado tras la marcha de Kettoe. El abogado continuaba dormido. Era inútil pedirle ayuda.

Thara lanzó un agudo grito, pero nadie respondió a sus llamadas. Sólo había silencio en aquel tétrico caserón.

Bruscamente, se abrió la puerta.

Un hombre apareció en el umbral. Thara lanzó un chillido de espanto al verle.

Tenía la cara horriblemente quemada, sin cejas ni pestañas. Tampoco tenía pelo y en la piel del cráneo aparecían espantosas cicatrices. La oreja izquierda

faltaba casi por completo.

En medio del terror que sentía, Thara observó que Stillis llevaba las manos enguantadas. Allí, supuso, debía necesitar protección para la piel mucho más sensible.

El aspecto del científico era realmente horripilante. Incluso su pupila derecha era una mancha blanca y opaca en el globo ocular.

Stillis sonrió torcidamente. Su sonrisa era más bien una mueca.

—¿Qué te parezco, Thara? —Dijo, encorvado y ladeado hacia la derecha —, Tengo otro aspecto, ¿verdad?

—Yo... yo lo siento muchísimo, doctor.. Pero no tuve culpa alguna en lo que le sucedió...

—Lo sé, lo sé. Los culpables ya han pagado su crimen.

—¿Todos?

—El último, Tarroy, llegó ayer.

Thara sintió un escalofrío al pensar la forma en que Tarroy había «llegado» a Sharlmore House.

—Pero... la venganza es excesiva... —tartamudeó.

Stillis se golpeó el rostro con una mano.

—¿Excesiva? —rugió—. Yo era un hombre apuesto, con un enorme éxito entre las damas... Sí, tenía ya mis años, pero mis compuestos me habían rejuvenecido, quitándome veinte años por lo menos. ¿Quién me mirará ahora a la cara, sin lanzar un grito de espanto?

Thara desvió la vista. El aspecto de Stillis inspiraba asco y horror a un tiempo.

—Está bien —dijo—. Admitamos que son culpables. Pero yo, ¿por qué he de sufrir su venganza?

—Fred Rogent murió por intentar engañarme en la compra de Sharlmore House. En cuanto a ti, eres la dueña y yo sospechaba que no querrías prolongar el contrato. Cosa que Kettoe acaba de Confirmarme hace unos minutos.

—No, no puedo permitir que siga aquí, entregado a sus diabólicos experimentos...

—¿Qué sabes tú? —gritó Stillis descompuestamente—. He conseguido una fórmula de rejuvenecimiento infalible...

—¿Se la aplicó a Pamela Slagherty?

—Sí, pero sólo fue durante un tiempo... para que se viera más hermosa que nunca y su caída resultase más dura. Lo mismo que Agnes Simpson. ¿Entiendes?

—Lo único que entiendo es que está loco, loco de remate.

Stillis lanzó una estruendosa carcajada.

—Loco yo —repitió—. Thara, pudiste llegar muy lejos en esta especialidad..., pero nunca fuiste demasiado resuelta. Ahora sabrás verdaderamente qué he conseguido durante todos estos años y con la base de los experimentos anteriores al incendio que estuvo a punto de matarme.

Se acercó a la muchacha y desató las cuerdas que la sujetaban a la silla, pero sin soltarle las manos. Luego la agarró por un brazo y la hizo ponerse en pie.

—Ahora verás...

Thara le miró con ojos llameantes.

—No conseguirá sus propósitos —dijo—. Marty Britton está en alguna parte, dispuesto a ayudarme.

—Britton ha muerto —afirmó Stillis.

Thara oyó la respuesta y creyó que iba a perder el sentido. Sin ánimos para resistirse, completamente desanimada, se dejó llevar por aquel demente al lugar de donde no esperaba salir con vida.

CAPÍTULO XII

La estancia era grande, situada en el sótano, y en su centro había un gran estanque, en el que nadaba perezosamente algo que parecía un inmenso glóbulo grisáceo, con vida propia, pero carente en absoluto de rasgos personales. El líquido tenía un color ambarino, muy transparente, y la atmósfera era sofocante, debido a la elevada temperatura que reinaba en el lugar.

—Mira —dijo Stillis, sin dejar de aferrar su brazo—. Ahí está mi Fuente de la Juventud, una inmensa masa de células vivas... e inteligentes todas y cada una de ellas. ¡Y todas obedecen la menor de mis órdenes! —añadió con infinito orgullo.

—¿E... eso es lo que... lo que mata a las personas? —balbuceó la muchacha.

—¿Matar? ¡Les da vida eterna! —gritó Stillis.

Thara se reafirmó en sus suposiciones sobre la locura del científico. Ya había ofrecido algunas señales de desequilibrio antes de la destrucción de su laboratorio, pero ahora, tras el fuego que le había desfigurado tan espantosamente, su locura se había exacerbado hasta límites insospechados.

—Ellos querían juventud eterna... y lo han conseguido —prosiguió Stillis —. ¡Están ahí, los cuatro, todos un cuerpo que vivirá miles de años! Y obedecerán siempre, absolutamente, todas mis órdenes.

—Es… increíble...

—Me obedecen —insistió Stillis—. Cuando yo lo ordeno, se limitan a una simple transformación. Si se lo mando, devoran a su presa... como en el caso de Rogent, como le pasó a tu perro...

—Y a la oveja de los Husmond —recordó ella de pronto.

—Regresaba de uno de sus viajes, se tropezó con el animal...

—Y lo devoró.

—A veces necesita alimento.

Repentinamente, Thara se echó a reír.

—¿Digirió completamente a la oveja o forma parte del cuerpo? —exclamó.

—Esto no es cosa de broma —refunfuñó Stillis—. He dicho que necesita alimento y la oveja se lo proporcionó. ¡Pero siempre me obedecen! Es más, puedo seccionar diminutos fragmentos, que luego se multiplican con extraordinaria rapidez, siempre que se den las condiciones apropiadas.

—¿Por ejemplo?

—Un cuerpo humano.

—Es el caso de Pamela...

—Y el los otros tres. Bastó un fragmento no mayor que la mano de un niño, para que esos cuatro malditos se convirtieran en el ser, en menos de un minuto. Sucesivamente, claro está.

—Pero a Pamela le había aplicado el tratamiento rejuvenecedor.

—En cierto modo, era como un conejillo de indias. Una vez terminado el experimento, decidí ejecutar mi venganza.

—Doctor Stillis, ¿sabe que McGerald está muerto? —dijo la muchacha de sopetón.

—Sí, pero el culpable ya lo ha pagado —contestó Stillis ceñudamente.

Thara procuró mantener la serenidad. El nerviosismo no le iba a servir de nada. Tenía que entretener a aquel demente, hasta conseguir encontrar una ocasión que le permitiera escapar de allí. Porque, además de salvarse ella misma, debía pensar en Knowles, cuya vida estaba también en peligro.

—Doctor, ¿cómo da «instrucciones» a la cosa? —preguntó.

—Celebro tu curiosidad —dijo Stillis—. He ideado un aparato, con numerosas agujas, semejantes a las de los electrodos de un electroencefalograma, que introduzco en la masa del ser, conectadas todas ellas a un cable que viene a parar a mi cabeza, con un casco también provisto de una serie análoga de electrodos. Pienso lo que deben hacer, lo transmito mentalmente y «ellos» me responden de la misma forma. ¿Quieres conversar un poco con el ser?

Thara lanzó una mirada de repugnancia hacia la cosa que se agitaba lentamente en el tanque.

—Y va y viene...

—Adonde le ordeno y siguiendo un itinerario cuidadosamente trazado, en el que se incluyen, como es lógico, las cloacas. Ello evita que lo vean ojos indiscretos, como puedes comprender.

—Sobre todo, si viaja de noche.

—Exactamente.

—Doctor, cuando enviaba un fragmento de esa masa de células inteligentes, ¿qué procedimiento empleaba?

Stillis rió ruidosamente. Su boca se distorsionó en una mueca auténticamente repulsiva.

—Tenía una pitillera... La misma que empleé en otras ocasiones. Ya iré a recogerla en otro momento.

—Una pitillera especialmente acondicionada, me imagino.

—Claro. Y si no me equivoco, no tardaremos mucho en ver llegar a Britton, convertido en un fragmento de esa cosa. —Stillis tendió la mano hacia un agujero situado a ras del suelo exterior—. Por allí vendrá —aseguró muy divertido al parecer.

—Creo que se equivoca, doctor; no soy tan delgado como para caber por ese agujero. Ah, por cierto, le traigo la pitillera que se olvidó en mi coche.

Thara oyó la voz del joven y lanzó un chillido de alegría.

—¡Marty! ¡Estás vivo!

* * *

—Agradablemente vivo —confirmó el joven con una sonrisa—. Aunque me imagino que a disgusto del doctor Stillis.

—¿Cómo consiguió evadir...?

—Doctor, sospecho que esa cosa emite ciertas ondas mentales, en determinadas ocasiones, por supuesto. Quizá se trata de un acto involuntario... o tal vez fue debido a un presentimiento mío. El caso es que, cuando venía hacia aquí en el coche, noté la sensación de no hallarme solo. Entonces fue cuando vi el fragmento del monstruo, a punto de atacarme. Por fortuna, logré evitar mi transformación en una cosa informe.

—¿Qué hizo de aquel fragmento?

—Lo quemé.

El único ojo de Stillis brilló malignamente.

—Anoche también rechazó un ataque con el fuego —dijo.

—El fuego ha asustado siempre a todo ser viviente, hombre o bestia. Su cosa no iba a ser una excepción. Pero ¿para qué hablar del fuego cuando usted tiene una experiencia más que sobrada acerca del particular?

—¡No me lo recuerde! —aulló.

—Desgraciadamente, alguien se lo va a recordar muy pronto. Cuando venga la policía. Le acusarán de cuatro muertes, doctor.

—¡No están muertos! —Stillis tendió un brazo hacia el estanque—. Viven ahí y vivirán...

—¿Cree que les gusta la existencia en esa situación? Apostaría algo bueno a que están deseando morir efectivamente, para acabar de una vez con el indescriptible sufrimiento a que usted los ha sometido. No, vivir en esas condiciones, aunque sea mil años, no tiene nada de agradable, sino todo lo contrario.

—Britton, usted vivirá ahí, con ellos, y con Thara... Yo les arrojaré a los dos al estanque y...

—Si tan bueno es, ¿por qué se queda fuera? ¿Eh?

Stillis se irguió.

—Yo debo estar fuera para cuidar de ellos —exclamó orgullosamente.

—Claro, para cuidar de ellos, para satisfacer su venganza... ¡y para disfrutar de la vida!

Inesperadamente, Britton lanzó la pitillera al rostro del científico quien, de forma instintiva, elevó las manos para evitar el golpe. Britton aprovechó la ocasión y se arrojó contra él. Agarró su cabeza con ambas manos y pegó un fuerte tirón.

Una máscara se despegó de inmediato y quedó en las manos del joven. Debajo de ella había un rostro conocido, que surgió al descubierto sorprendentemente.

—¡Kettoe! —chilló Thara.

—Sí, Kettoe o Stillis, como prefieras, porque ambos son una misma persona —dijo Britton tranquilamente.

—Es... fantástico... Llegó a engañarme...

Britton sonrió.

—¿Quién hubiera sabido reconocer a Stillis en el apuesto Vince Kettoe, rejuvenecido merced a sus propios procedimientos? Todas las culpas habrían recaído sobre Stillis, quien hubiera vuelto a desaparecer, mientras Kettoe seguía disfrutando de la vida...

El joven se calló de pronto.

Algo salía del estanque, una especie de tentáculo grisáceo, tan grueso como el muslo de una persona, y se arrastraba con sorprendente rapidez hacia Kettoe.

—¡Cuidado! —gritó.

Kettoe se volvió.

Chilló agudísimamente.

Pero ya era tarde. Aquel tentáculo rodeó de golpe sus piernas y tiró con fuerza hacia el estanque.

La caída de Kettoe provocó un estallido de amarillentas espumas. Su grito de horror fue acallado instantáneamente al sumergirse en el líquido. Sujetos a un horror infinito,

Britton y la muchacha contemplaron la rapidísima desaparición del cuerpo del sujeto, englobado en el interior de aquella masa informe, que se agitaba con violentísimos espasmos.

Thara retrocedió, acometida por unas náuseas irreprimibles. Britton frunció el ceño.

«Aquello» no podía seguir con vida, pensó. Y, en el mismo instante, creyó oír una voz en el interior de su cerebro.

—Acaba con nosotros... No queremos seguir viviendo así...

Britton inspiró con fuerza. Al otro lado divisó una cadena, unida por el extremo inferior a la tapa del desagüe. Rodeó el tanque, tiró de la cadena y el líquido empezó a escaparse con gran rapidez por el desagüe.

—Thara, sal —ordenó.

Ella obedeció en el acto. Britton retrocedió unos cuantos pasos. En el laboratorio contiguo encontró un gran botellón con alcohol. Regresó al borde del tanque y aguardó unos minutos.

No era un crimen lo que iba a cometer. Simplemente, iba a proporcionar la paz a unos seres desgraciados, incluido el doctor Stillis,

Cuando el líquido hubo desaparecido por completo, vertió el contenido del botellón sobre la cosa. Luego arrojó un fósforo encendido.

Caminó hacia atrás. Creyó oír voces agradecidas. Las llamas despedían un hedor insufrible, pero lo soportó hasta que vio al monstruo convertido en un montón de inmundas cenizas.

Luego encontró una manguera y la conectó a un grifo. Media hora más tarde, el tanque quedaba completamente limpio. Cerró el aflujo de agua, lanzó la manguera a un lado y salió al exterior.

Thara aguardaba en la puerta de la casa. Había conseguido librarse de sus ligaduras y aparecía aún pálida y abatida.

En silencio, Britton rodeó sus hombros con un brazo. Ella suspiró y apoyó la cabeza en su hombro.

—Marty.

—No hables, Thara.

—Necesito saber...

—Todo lo que necesitas es saber que ya se ha acabado el horror. Sharlmore House está limpia.

—Gracias, Marty. No sé qué habría sido de mí sin tu ayuda.

—Esto ha terminado, de modo que cuanto antes lo olvidemos, será mejor —aconsejó él.

—Sí, tienes razón. Pero nos costará mucho.

—Hay tiempo de sobra —sonrió él—. Y, si te parece bien, vende Sharlmore. No te faltarán compradores, y no es preciso que sepan lo que ha ocurrido aquí.

Thara hizo un esfuerzo por sonreír.

—Tampoco se enterará el señor Knowles —dijo.

—Bueno, cuando despierte, le diremos que Kettoe abandonó la casa. Guardaremos en secreto todo lo que ha pasado.

—Salvo a la policía, cuando llegue...

—Fue una baladronada. No avisé a mi amigo Carpenter. ¿Para qué, si no me hubiera creído? Y aún ahora tampoco me creerían... Dejemos todo tal como está, tal como ha concluido. Menos una cosa, Thara.

—¿Qué, Marty?

—Nuestro porvenir. Será muy distinto del que habríamos calculado, si no nos hubiéramos conocido. A menos que tengas algo que decir en contra, claro.

—Nada, Marty, no tengo nada que decir en contra —contestó la muchacha, inmensamente feliz—. Estoy completamente de acuerdo —aseguró.

FIN